

os lo entregue; esperad, os suplico, un momento.

Y salió.

—Dios mio, —dijo doña Emerenciana, —yo no sé lo que piensa este hombre; este hombre se va á perder: la reina no es lo que él cree: ¿y quién sabe? dicen que de los audaces es la fortuna: en cuanto á mi situacion es despejada; no tengo que hacer otra cosa que decir punto por punto á la reina la conversacion que he tenido con el conde.

Cinco minutos despues de haber salido el conde, volvió.

Traia un gran estuche de terciopelo encarnado, que entregó á doña Emerenciana.

—¿Con qué os obstinais? —dijo esta.

—De todo punto.

—Y bien; Dios quiera que no os arrepintais alguna vez de no haber seguido mis consejos.

—¡Ah, doña Emerenciana! los impenitentes no se arrepienten jamás.

—Dios os ampare y nos ampare á todos; pero en fin, adios; puesto que estais tan rebelde, no quiero detenerme más; su majestad me espera con impaciencia; adios, señor conde; me parece que no tardaremos en volvernos á ver.

La azafata salió.

El conde se quedó terriblemente preocupado.

—¡Fatalidad! —dijo; —¿quién habia de pensar que la reina me reclamase su collar? Ha sido necesario combatir con una situacion grave; y bien, ese es mi destino; en todo caso, siempre hay tiempo de huir

con mi Aurora, con mi divina Aurora: no se me ha ocurrido otro medio; ¿cómo pedir á Aurora el collar? y en todo caso hubiera sido necesario esperar á la noche; ¿cómo decir á la reina no tengo tu collar? ¡Oh! ¡no, no! he tomado el único camino que podia tomar; he ganado tiempo; veremos.

Y el conde se hizo vestir por Filipichin de una manera conveniente.

Esperaba recibir tal vez otro mensaje de palacio, pero de parte del rey.

Y en efecto, esto no tardó en suceder.

Un ugier del cuarto del rey trajo una carta de su majestad al conde.

«Amigo mio, —decia esta carta, —al despertar me he encontrado fastidiado de tal manera, que no hubiera sabido qué hacerme, si el buen Cascajares, cuando me sirvió el chocolate, no hubiera tenido esta ocurrencia: —«Está el dia hermosísimo, señor, para ir á caza, y por este tiempo los jabalies están gordos y horondos.»—Ya sabes tú que Cascajares tiene conmigo cierta confianza; nos hemos servido de él demasiado; y además, todos los que en palacio han traído y traen la chocolatera para el rey, han gozado de ciertos fueros: he aprovechado el aviso; he mandado llamar á mi montero mayor, y he pasado una invitacion cortés á la reina; no quiero que se diga que al dia siguiente de lo que pueden creer mi union con ella, me voy á caza solo; esto podria producir epigramas: tengo que hablarte de mi hermosísima morena; nos perderemos por algun sendero, nos

esquivaremos, y en ninguna parte podremos estar más en libertad que en el monte del Pardo, perdidos en algun repliegue, mientras mis cazadores me busquen desolados, creyendo que me he perdido. Estoy de buen humor, Cayetano; yo no sé por qué, se me figura que este dia de caza va á traerme alguna grata aventura.—TU AMIGO...»

El rey tenia la costumbre de escribir de una tal manera al conde de Pino Rey, á quien, más que como príncipe, trataba como grande amigo.

Sin saber por qué, de una manera instintiva, se le apretó el corazon al conde.

Pedro Cascajares, primer oficial de la cocina de palacio, era un hombre pequeño, de fisonomía maligna, contra el que el conde de Pino Rey sentia una cierta prevencion que hasta entonces no se habia determinado, produciendo una animosidad del conde.

Pero aquel dia el conde, de una manera instintiva, vió en Pedro Cascajares para él algo siniestro.

El alma tiene movimientos incomprensibles.

Parece que está dotada de una doble vista misteriosa, que no podemos explicarnos.

Muchas veces, al sobrevenir un hecho que nos afecta, nos parece que habiamos tenido la prevision misteriosa de aquel hecho.

Segun las costumbres establecidas por Felipe V, ó más bien segun la etiqueta de la casa Borbon que Felipe V habia traído á España, el rey era llamado

á las nueve de la mañana: á las nueve y media estaba vestido.

A esta hora se le llevaba la sopa, antes de que se usase el chocolate en Europa. Despues de este tiempo, que fué á fines del siglo XVII, el chocolate.

Para que este precioso cocimiento no perdiese nada de su aroma ni de su calor, y para que el rey pudiese gozar de su espuma, se veñtia precisamente en la ancha taza delante del rey, y este privilegio lo tenia uno de los oficiales de la cocina, y nunca el cocinero mayor, que tenia otros privilegios y excepciones.

Lo mismo se hacia respecto á los demás individuos de la familia real.

Cascajares, que era hombre de una edad mediana, casado ya, y padre del Benito Cascajares que ya conocemos, y que entonces tenia dos años, habia servido desde hacia mucho tiempo la chocolatería del príncipe de Astúrias, y habia adquirido con él una cierta confianza; por ejemplo, cuando el príncipe habia tomado la espuma del chocolate, Cascajares, que se habia quedado escondido tras una puerta, avanzaba de puntillas, llenaba de nuevo la taza y escapaba.

Estas bufonadas han sido siempre muy del gusto de esos buenos señores, y por estas bufonadas y otras, y otros no ménos cicateros medios, la gente-cilla de palacio ha solido subir á grandes alturas.

Pedro Cascajares, que tenia la chocolatera del príncipe, siguió teniendo la chocolatera del rey.

Esto era un aumento de sueldo y de posicion.

Cascajares hubiera podido llegar á la altura de cocinero mayor; pero le convenia mucho más la chocolatera.

De este modo estaba más cerca del rey, y á una hora en que, bien dormido, se levantaba con la cabeza despejada y con cierto apetito físico y moral.

Al conde de Pino Rey habia empezado á molestarle desde algun tiempo antes Cascajares.

Pareciale que agarrado á la gran chocolatera de plata con calentador, se alzaba un favorito de planta baja, que podria convertirse en un rival grosero y mucho más temible que un enemigo de alto coturno.

Especialmente, aquel dia de caza inspirado al rey por Cascajares, hizo sentir algo semejante á un mal agüero al conde.

Particularmente le incomodaba aquel dia en que se encontraba empeñado en una correspondencia con la reina, correspondencia que por el momento le habia asustado á causa del pretexto, esto es, del collar, pero que despues le habia excitado vivamente.

Su amor, su grande amor era, es cierto, Aurora.

Pero aquel amor se habia modificado con la posesion.

Aurora, rendida por los celos, no era ya una dificultad ni una desesperacion, como lo habia sido antes para el conde.

El estaba decidido á cumplir con ella los deberes del honor y de su amor.

Pero la consideraba ya su mujer, y la mujer no

exclama la querida, y tanto más, cuando la querida debía serlo una reina jóven, hermosa, espiritual, pura á pesar de sus vivezas, é indudablemente enamorada.

La aventura del conde con la reina se habia presentado de la manera más tentadora del mundo.

La reina, ya mintiese pretextando una equivocacion, ya dijese la verdad, habia abierto de una manera bizarra la campaña.

Por consecuencia, aquel llamamiento del rey al conde para ir á caza, no podia ser más fastidioso, ni haber llegado en peor ocasion.

El conde experimentó un impulso de ódio á muerte contra Cascajares, inspirador de aquella idea.

No habia, sin embargo, más medio que vencer.

El conde hizo que Filipichin le vistiese su más rico traje de caza, y mandó se preparasen sus cazadores.

El rey le habia hecho el honor, siendo príncipe, de dejarle entrar en caza con su servidumbre; el mismo honor debia concederle el rey.

Todo estuvo dispuesto en diez minutos, y el conde iba á partir, cuando se le presentó Filipichin y le dijo:

—Ahí tenemos otra vez á la señora de Navas Muertas, y tan tapada, que no se la ve la punta de la nariz; no he podido ménos de introducirla en el salon.

—Has hecho bien, Filipichin, has hecho bien,—dijo el conde,—y te permito tomes de mi guarda jó-

yas particular la sortija ó el reloj que más te agraden.

Y el conde salió al salon y se dirigió á la azafata, que se habia levantado el velo de la mantillina que llevaba.

—De audaces es la fortuna,—dijo al conde;—os repito, sin embargo, mi consejo: no os perdais, mirad que hay felicidades tales, que por serlo tan grandes cuestan muy caras.

El conde se inmutó.

La azafata creia bien cubiertas ya las apariencias por su parte, y entraba francamente en el terreno.

—¿Qué decís, mi señora doña Emerenciana?—preguntó anhelante el conde;—¿pues no temiais que su majestad se ofendiese?

—¡Oh, sí!—contestó la azafata —Y ha habido su parte de comedia. La reina, en el momento que ha sabido vuestra negativa á entregarla su collar, repetida por mí en la misma forma que os habia oido, y palabra por palabra, se ha puesto severísimamente seria, y ha pronunciado con voz breve y altiva estas palabras:

»—Ese hombre está loco y acabará mal.»

Como yo cumpliera pura y simplemente un encargo, seguí cumpliéndole; pero templándome al tono de la reina, me puse tambien gravemente seria, y dije:

»—Efectivamente, señora; no comprendo esta in-calificable audacia del conde de Pino Rey, y aun hay más, aun es la audacia mayor.

»—¿Y qué, y qué?—me dijo demasiado vivamen-

te la reina y echando á perder un poco su comedia.—
¿Qué más os ha dicho el conde?

»—Me ha dicho, señora, que además de estimar tanto vuestro collar, que sólo lo daría con la vida, quiere dar á vuestra majestad una muestra del delirio que se ha apoderado de su alma, poniendo á los piés de vuestra majestad una joya de familia, el collar de bodas de su madre y de sus abuelas.»

—Señor conde,—añadió la azafata,—habeis cometido á la reina en su terreno, á la francesa: os habeis ido á ella con las manos llenas de diamantes, de diamantes riquísimos, y que pudieran llamarse sagrados, puesto que han pasado por las gargantas de vuestras abuelas y de vuestra madre. No hay francesa, por alta que sea, á quien no seduzca una galantería tan delicada. La reina me pidió vivamente el collar, se lo llevé, y al verlo se sonrió. La comedia estaba rota.

»—Indudablemente,—dijo,—ese loco no es del todo estúpido, y será necesario perdonarle.»

Y la reina miraba el collar.

»—Esta es una verdadera joya,—dijo:—en verdad que el conde tiene cosas de príncipe.»

Y la palidez de la reina crecía.

La reina se puso el collar y se fué delante de un espejo, al que se contempló colocándose en todos sentidos.

»—Me cae bien, Emerenciana, ¿no es verdad?—me dijo.

»—¡Oh! admirablemente, señora,—contesté;—

pero ese magnífico collar no embellece á vuestra majestad; al contrario, la garganta y los hombros de vuestra majestad prestan un no sé qué tal á la caída de esa joya, que aumentan su belleza.

»—¿Lo crees así?

»—¡Oh sí, señora!

»—Pues mira, yo no sé cómo saldremos de esto, esto es enojoso: el conde puede ver en ello un favor, que yo no pretendo concederle; por el contrario, estoy irritada contra él. Componte allá como puedas para salir de este mal paso, para arreglarlo, porque yo me quedo con el collar.»

—¡Ah! doña Emerenciana,—exclamó el conde asiendo con efusion las manos de la azafata,—yo os adoro, amiga mia.

—Adorad á su majestad, puesto que no podeis pasar por otro punto; pero todavía mi consejo: miraos bien en ello, conde, ved que esto puede perderos.

—¡Mi vida y mi alma!—exclamó el conde fascinado por lo deslumbrador de aquella aventura, y olvidado por el momento de Aurora.

—¿Y la vida y el alma de la reina?

—¡Sea lo que quiera, doña Emerenciana!—exclamó el conde.—La reina es una maga escapada de los encantados jardines de Trianon. Decidla que agonizo, señora, decidla que es necesario que la vea, que la hable.

—Pero no seais impaciente, conde,—dijo aquella buena azafata;—realmente hasta ahora, la reina no os ha concedido un favor determinante; ya sabeis lo

que son las grandes damas francesas; teneos, pues, en guardia, y no cometais imprudencias. Pero, Dios mio, yo estoy tardando; yo me olvido: su majestad ha sido invitada á una partida de caza en el Pardo por el rey, y debo llevarla una contestacion.

—¿Pero contestacion de qué?... —exclamó el conde.

—¡Ay! es verdad,—dijo doña Emerenciana;—con estas cosas tengo la cabeza que se me va. La reina me ha dado un billete para vos.

Y la excelente azafata entregó al conde otro billete perfumado.

El conde se fué al hueco de un balcon, y le abrió.

«Sí, sí, sí, y un millon de veces sí,—decia el billete;—pero no me comprometais, por Dios, conde; yo no sé hasta qué punto puede llegar la trascendencia de lo que hago; pero me arrastra mi destino. Con Emerenciana podemos tener una gran confianza; la conozco desde que vine á España, y me ama, y es capaz de todo por mí; pero por Dios, respecto á los demás, sed muy prudente, conde: esperad, envolvamos nuestro amor en el misterio, que ¿acaso el misterio no es la mejor y más encantadora situacion del amor?—LA QUE SABEIS.

P. S. Vuestros diamantes son divinos; ¡oh! gracias, muchas gracias.»

El conde besó trasportado la carta.

Podia decirse que entonces no existia para él Aurora.

—Pues bien; puesto que quereis una contestacion,

mi señora doña Emerenciana,—dijo á la viuda de Navas Muertas,—hacedme la merced de llevar á su majestad por única contestacion el relato fiel de todo lo que habeis visto y oido.

Doña Emerenciana saludó profundamente al conde; le sonrió como sonrien toda esta especie de viejas mefistofélicas, y se fué.

Un momento despues el conde montaba á caballo y arremetia al galope con sus cazadores por las calles de Madrid hácia el palacio del Retiro.

Capítulo XLVII.

De como en el lugar más cerrado y más guardado, puede cometerse un asesinato.

A las doce del dia ya se habia roto la caza.

El rey estaba en su apostadero cerca del Cristo del Pardo.

Le acompañaban su alta servidumbre, el montero mayor y los demás monteros de palacio.

Se oian á lo lejos los gritos de los ojeadores y los ladridos de los perros.

La parada del rey estaba en semicírculo ocupando una gran extension.

El conde estaba á espaldas del rey, sombrío y taciturno.

El rey se habia mostrado con él un tanto acre, un tanto epigramático, aunque envolviéndolo todo en las formas de la mayor confianza y del mayor cariño.

Aunque habia tenido ocasion de hacerlo, el rey no le habia hablado una sola palabra de Aurora.

Esto era demasidamente extraño.

La idea de Cascajares vino á herir de nuevo la imaginacion del conde.

¿Se valdria el rey de aquel galopin para sus amores con Aurora?

Era necesario vigilar, atajar el mal.

No se sabia quién era el hombre que pasaba por padre de Aurora, ni por qué aquel hombre, que hasta entonces habia tenido tan recluida á la jóven, la habia ostentado tan al descubierto y tan cerca del rey el dia anterior en las fiestas reales.

El conde estaba vivamente inquieto.

Se encontraba entre dos atracciones poderosas y opuestas.

Aurora era el amor de su alma, su vida, su felicidad suprema.

Y sin embargo, la reina era su deslumbramiento, su voluptuosidad, su vanidad, su ambicion.

El rey le mostraba por la primera vez un enfado mal encubierto, una reserva que lo amenazaba todo.

Sí, sí; era de todo punto necesario observar, vigilar, obrar con energía.

De repente el rey se volvió al conde y le dijo:

—Segun viene el viento, es posible que la pieza tome por los senderos de la Cruz Blanca; vete á atajarla por aquella parte, conde; yo voy á hacer un movimiento que creo necesario.

—Le estorbo,—dijo para sí el conde;—pero es necesario obedecer.

Y tomó, con algunos de los cazadores de la servidumbre y con todos los suyos, la direccion del lugar que le habia indicado el rey.

Iba á pié, con una preciosa escopeta con caja de marfil sobre el hombro.

Sus ideas le hacian avanzar maquinalmente y de una manera rápida.

De improviso reparó en que no sonaban pasos detrás de él.

Volvió la cabeza, y se encontró sólo.

De seguro en aquel intrincamiento de senderos se habia perdido un momento de vista de sus cazadores, y éstos, al seguirle, no le habian encontrado y habian tomado otra direccion.

—¡Ah! bueno,—dijo el conde;—allá iremos todos.

Y siguió.

De repente se detuvo y se ocultó detrás de un espeso tallar.

Por una de las anchas avenidas que cruzaban el monte por aquella parte, habia oido el galope de dos caballos.

¿Quiénes podian ser los ginetes? ¿Uno de ellos acaso la reina? ¿Y con qué objeto?

La reina debia estar en el tablado que se la habia prevenido.

¿Quién eran, pues, los intrusos que en aquel momento cruzaban el monte del Pardo?

El conde esperó.

El ruido del galopar de los caballos se aproximaba, se hacia más perceptible.

Muy pronto pasaron delante del conde un caballero y una dama.

Hubo un momento de cólera irreflexiva en el conde, un momento en que toda su sangre subió de su corazón á su cabeza; un momento en que, ébrio de furor, se tiró la escopeta á la cara, y como si se hubiera tratado de un jabalí pasado, hizo fuego sobre el ginete.

El tiro le dió en la nuca.

Aquel hombre abrió los brazos, y cayó del arzon al suelo.

Aquel hombre era el marqués de Buena Esperanza.

El misterioso padre supuesto de Aurora.

Se oyó al mismo tiempo un agudo grito de mujer.

Aquella mujer era Aurora.

El conde sintió algo horrible, algo semejante al pánico, ó más bien el pánico mismo.

Huyó instintivamente.

Aurora se quedó sola, vacilante sobre su caballo, que apenas habia tenido fuerza para contener.

Miraba de una manera espantosa al gitano, que que se estremecía en sus últimas convulsiones sobre un lago de sangre.

Esta sangre fascinaba á Aurora, la horrorizaba, la causaba un vértigo penoso.

Se encontraba en muy mala disposición de espíritu.

Su supuesto padre la había dicho aquella mañana: —Es necesario que te vistas un traje de montar; es necesario que vayamos al Pardo, como ayer fué necesario fuésemos á las fiestas reales. El rey cazará hoy.

Ahora bien; y entre nosotros, ¿cómo á las nueve de la mañana aquel gitano ennoblecido, encubierto y disfrazado bajo la noble apariencia de conde de Buena Esperanza, garantizado é inviolable por una bula del papa y un decreto del rey don Felipe V, anunciaba á Aurora la caza del rey en el Pardo, en el mismo punto en que Pedro Cascajares inspiraba al rey la idea de la caza?

Más adelante se aclarará para nuestros lectores este misterio.

Aurora, cuyo amor había llegado hasta tal punto que la había hecho olvidarse de todo y aventurar su porvenir, no replicó; pero se impresionó vivamente y de una manera funesta.

Obedeció, y poco después entraba con su fingido padre en una carroza cerrada.

Cuando aquella carroza, después de hora y media de marcha, se detuvo, se abrió la portezuela y el marqués gitano hizo bajar á Aurora, ésta vió que estaba en el fin de una avenida orlada de grandes árboles, y junto á una fuerte verja, apoyada en sus dos extremos en un cercado que por ambas partes se perdía entre la arboleda.

Aquella era una de las entradas del monte del Pardo.

La portillera de los Tres Cantos.

Un criado tenia del diestro dos caballos, uno de ellos con silla de señora.

El marqués hizo montar á Aurora, y montó él mismo.

En seguida se dirigió á la verja, y llegando á ella tiró de una cadena que pendia de uno de sus fuertes pilares de hierro.

Sonó en el interior una campana y apareció un portero con el uniforme de guarda-bosque de la casa real al otro lado de la verja.

—¿Trae vucencia una órden?—dijo el portero, aventurando por prudencia el tratamiento más alto que puede darse á un particular.

—Indudablemente,—dijo el marqués.

Y sacando una pequeña cartera de seda, tomó de ella un papel y lo entregó al guarda.

Este le leyó, saludó respetuosamente al marqués, le devolvió el papel y abrió la verja.

Aurora y el marqués entraron.

La verja volvió á cerrarse.

El marqués, silencioso como hasta entonces, avanzó al galope por una estrecha avenida.

Aurora le siguió.

Allá hácia el Mediodía, de una manera vaga é indecisa, se oia algo semejante al son de trompas de caza, y que se hacia más ó ménos perceptible con arreglo á las variaciones del viento.

El marqués avanzaba siempre al galope.

El humor negro, la funesta preocupacion de Aurora, crecian.

El marqués rodeaba siempre.

Parecia como que conocia perfectamente el laberinto del monte, que avanzaba por él de una manera segura y hácia un lugar convenido.

A veces no era una ancha avenida por la que marchaban, sino un mediano camino.

A veces era un estrecho sendero.

Estas dimensiones de la via cambiaban á cada paso.

Los lugares eran pintorescos y hermosísimos; pero el estado del espíritu de Aurora no le permitia reparar en esto.

¿De qué manera pretendia usársela? ¿Por qué se procuraba ponerla en contacto del rey? ¿Qué género de influencia se pretendia ejerciese ella sobre el rey?

Aurora iba resuelta á todo, á todo ménos á hacer traicion á su amor.

Y el marqués continuaba rodeando, lo que podia comprenderse á causa de la distancia á que procuraba mantenerse siempre del estruendo de caza, que resonaba allá á lo lejos, hácia el Mediodía.

El tiempo avanzaba.

El sol se elevaba.

El mediodía llegaba.

El marqués tomó entonces una avenida y avanzó en línea recta hácia el punto en que resonaban

las trompas, cuyo estruendo á cada momento se hacia más perceptible.

Al fin las sonatas se oyeron perfectamente en todos sus detalles, y la alteracion del espíritu de Aurora crecia.

Veia claro que se la acercaba al rey.

Aquellos lugares eran completamente solitarios, y al fondo de la avenida se veia una casa blanca rodeada de árboles.

Aquella casa aparecia siniestra á Aurora.

En el momento en que la jóven habia descubierto esta casa, sonó una detonacion.

El gitano, herido, vaciló y cayó, y Aurora sintió un doble terror: el que causa la sangre del homicidio al que no la ha visto jamás, y el de la intencion que podia haberse cometido aquel homicidio.

Hasta entonces todo lo que la habia rodeado habia sido un misterio para ella.

¿Se pretendia dejarla aislada, abandonada?

¿Cómo dentro de un sitio real, cercado, cuidadosamente guardado por numerosos empleados, se habia cometido un asesinato á poca distancia de la montería real?

¿Qué peligro la amenazaba?

Estas ideas, y la vista de la sangre y el horror de la muerte, influyeron de tal manera en el alma de la jóven, que ésta se sintió acometida por un vértigo.

Comprendió que pasados algunos instantes no podria tenerse á caballo, y desmontó rápidamente.

Apenas habia tocado con los piés en el suelo, su vértigo se condensó, y cayó desmayada.

Al mismo tiempo se abrió la puerta pintada de verde de la casita situada al extremo ya próximo de la avenida, y salió un hombre pequeño, de fisonomía inteligente, viva y astuta, que lanzó una mirada penetrante á lo largo de la avenida.

Al ver lo que en ella habia, avanzó en una rápida carrera que representaba infinitamente más fuerza que la que hubiera podido suponérsele á juzgar por su estatura, por su aspecto mezquino.

Llegó y exclamó:

— ¡Jesucristo! ¿quién ha podido hacer esto aquí? ¿Las gastará tales el rey nuestro señor? ¿Pero á qué? ¿Si el rey no sabe, no está en el misterio! ¿si el rey por lo que puede juzgarse hasta hora será capaz de rodear un hormiguero por no pisar una hormiga! ¿Sea lo que quiera, ella está desmayada; esto no lo ha visto nadie más que quien lo ha hecho, y sabe Dios quién lo habrá hecho. Prevengámonos; llueven las aventuras. Su majestad el rey de una parte, su majestad la reina de otra; hay que comer á dos carrillos sin enseñar la cara; prudencia sobre todo.

Y aquel hombrecillo se inclinó sobre Aurora.

La asió por la cintura, la levantó con una facilidad suma, dió á correr con ella hácia la casa, llegó, abrió la puerta y desapareció dentro de la casa con Aurora.

El cadáver del gitano y los dos caballos sueltos quedaron abandonados en la solitaria avenida.

Muy pronto las trompas de caza se oyeron de cerca.

Algunos ojeadores aparecieron, saliendo por detrás de la casita blanca.

Los perros, que habian olfateado la sangre, avanzaron á la carrera, llegaron junto al cadáver, le olieron, y luego rompieron á aullar.

El rey, con sus monteros habia aparecido en pos de los ojeadores.

Muy pronto Luis I miraba con ojos espantados el cadáver del gitano, y sobre todo aquel caballo de dama suelto y sin jinete.

Capítulo XLVIII.

Entre dos olas.

El conde de Pino Rey había dado á la carrera un gran rodeo sin saber por dónde.

El pánico que le había causado aquel asesinato que acababa de cometer impulsado por una cólera ciega, por un despecho de muerte, no le había dejado pensar en nada.

Había venido de una manera instintiva.

El pánico pasó al fin, y el conde recobró el uso de su razon.

Estaba cubierto de sudor frio, y tenia los cabellos erizados.

Se encontraba en un enmarañamiento solitario, en el cual se cruzaban algunos senderos.

Un arroyo había determinado un charco.

Aquel charco aparecía como un espejo verdoso.

El conde se inclinó y se contempló en aquel espejo natural.

Estaba pálido como un cadáver.

—Es necesario que yo me reponga,—dijo,—y sobre todo que limpie la llave de mi escopeta y vuelva á cargarla; es necesario evitar que nadie pueda apercibirse de lo que ha acontecido: es necesario que yo me incorpore cuanto antes á los cazadores; pero ¿á qué ese hombre que la llevó ayer á las fiestas reales la ha traído hoy aquí? Bien muerto está; ¿pero qué habrá sido de ella?

El conde sintió entonces muy cerca ruido de trompas y alaridos de ojeadores.

Cargó rápidamente su escopeta.

De improviso vió venir por un sendero de los que pasaban sobre el cruzamiento de senderos en que él se encontraba, un enorme jabalí, herizado el cerro y furioso.

Sus colmillos cortaban á derecha é izquierda la maleza y la arrojaban por alto.

El conde se tiró rápidamente la escopeta á la cara, hizo fuego, y el jabalí, á quien sólo faltaba un instante para tocar al conde, se detuvo y cayó.

La bala del conde habia entrado por su ojo izquierdo.

Algunos minutos despues el conde estaba rodeado de monteros.

—Vos habeis hecho la primera pieza, Pino Rey,—le dijo el montero mayor;—vuestro es el honor de

la jornada: su majestad no se engañó cuando dijo que el viento traería hacia aquí á las reses: hay que confesar que vos habeis sabido apostaros: y lo habeis tirado careto; habeis hecho mal.

—Ha habido un momento, amigo mio, en que he creido que el animal se me echaba encima, y francamente, me he alterado un tanto.

—Ha sido una imprudencia,—dijo el montero mayor:—en efecto, estais pálido: ¡qué diablo! el más valiente... no volvais á exponeros de esta manera: si os sucediese una desgracia, todos tendríamos un gran sentimiento.

—Gracias,—dijo el conde, haciendo un esfuerzo por sonreir,—esto pasó.

Como se comprende, el conde aprovechaba aquel pretexto para justificar su turbacion.

—¡Eh, aquí los mozos!—exclamó el montero mayor;—es necesario presentar cuanto antes la primera pieza á su majestad la reina, y que el vencedor la presente la oreja. ¡Eh! ¿qué haceis, Pino Rey? ¿no cortais la oreja á la res? ese es vuestro derecho.

El conde se acercó al jabalí y le cortó la oreja derecha.

Despues todo aquello se puso en movimiento al son de las trompas.

Se envió un aviso al rey de que la primera res habia sido muerta en la direccion que él habia indicado, y que el matador habia sido el conde de Pino Rey.

La tropa de cazadores llegó muy pronto triunfal-

mente al lugar en que se había levantado un sendo estrado para la reina y para las damas de la corte.

El conde se había dominado completamente.

—¡Otra vez vencedor, Dios mio!—murmuró la reina.

El conde notó que Luisa Isabel tenía puesto el collar de su madre.

Por la primera vez aquel don Juan Tenorio, que como el de la leyenda española había tomado el amor como un empeño que nunca le había sido difícil vencer, comprendió que el amor era un asunto sério.

Se veía, por decirlo así, partido entre dos mujeres, ninguna de las cuales era ya para él un empeño, puesto que Aurora era suya, y Luisa Isabel no podía estar más rendida que lo que ya lo estaba.

Por parte de la reina se habían cubierto apenas las apariencias, mejor dicho, las formas, y se había persuadido muy pronto de ellas.

Se podía decir que la iniciativa había partido de la reina.

Que esta había tomado por pretexto la circunstancia de estar contenido su retrato en el medallón del collar que la tarde anterior había dado públicamente como premio al afortunado conde, vencedor en todo en las fiestas reales.

Después de una débil concesión á la forma, la inteligencia completa se había establecido entre los dos amantes.

El collar, regalo del conde dado aquel mismo día

para la reina, era una manifestacion completa para el amante favorecido.

Este comprendió entonces que amaba á la reina.

No con un amor efimero de esos que pasan cuando se satisface el deseo ó la vanidad, sino con una pasion profunda, poderosa, incontrastable.

Y al mismo tiempo, el conde sentia que amaba de igual manera, con una pasion igual, á Aurora.

Sentia remordimientos en nombre de Aurora por el amor que le arrastraba hácia la reina, y en nombre de la reina por la pasion que le impulsaba hácia Aurora.

No podia dividirse, y aquellas dos fuerzas opuestas que le arrastraban en opuestas direcciones, le martirizaban de la misma manera que hubieran podido martirizarle dos potros, que unidos por cuerdas á sus brazos hubieran tirado de él cada cual de una parte.

Pero el amor de raza pura es delicado, exclusivo, indivisible, y cuando se divide por un fenómeno del sentimiento, lo cual no es comun, deja de ser una felicidad para convertirse en un martirio.

Además de esto, el conde sufría la inquietud insuportable de los celos.

El rey habia comprendido que la reina amaba: esto le habia ofendido, le habia irritado, le habia separado de la reina en el momento en que despues de dos años, pasados desde el dia de los desposorios, se la entregaban.

La reina habia venido muy jóven á España, y no

es de presumir se hubiera corrompido en la corte de Francia.

Las princesas de la casa de Francia podian ser todo lo que quisiera despues de casadas; pero se sabia que eran rígidamente guardadas mientras permanecian solteras.

Despues de desposada, habia vivido al lado de la reina Isabel Farnesio, y todo el mundo sabia que, aunque se murmuraba mucho por su intimidad con el cardenal Alberoni, las costumbres que hacia observar en la casa real á las señoras, ya pertenecientes á la familia, ya á la servidumbre, eran rígiditas.

Habia además en la expresion, en la manera, en la limpidez de la mirada de la reina, algo que hacia comprender una pureza indudable.

El amor del conde de Pino Rey era el primer amor que habia conmovido el corazon hasta entonces de niña, de Luisa Isabel.

El rey habia conocido aquel amor que él no inspiraba, sin acertar quién fuese el hombre amado que se escondia entre el misterio; se habia ofendido y se habia apartado de la reina.

Pero habia comprendido tambien que aquellos amores no eran todavía de todo punto culpables, por más que hubiera concebido temores y hubiera pretendido averiguar cuál habia sido la conducta de la reina en la corte de Francia.

El conde de Pino Rey, destinado desde hacia mucho tiempo al cuarto del príncipe de Asturias, y que por su posicion y por el favor que el jóven príncipe

le habia dispensado, habia sido uno de sus corruptores, sabia bien cuánto incitaba al rey la pureza de su mujer.

El rey parecia haber transigido hasta cierto punto con la reina, á causa de lo complacido que se habia mostrado por el valor y la destreza del conde de Pino Rey.

Luis I se habia sentido favorecido en su favorito.

Podia suceder muy bien sobreviniese rápidamente una reaccion en el espíritu del rey respecto á la reina.

El conde por esta parte moria de impaciencia y de celos.

Por otra, habia encontrado de repente de una manera inesperada á Aurora á caballo, sin más compañía que el extraño personaje que la servia de padre.

¿A qué habian ido allí?

¿Se entendia ya el gitano con el rey?

Porque el rey, que en su carta llamándole á la partida de caza, le habia dicho que queria hablar con él libremente, no le habia hablado ni una sola palabra?

El conde no podia explicarse esto, sino conviniendo consigo mismo en que el rey y el gitano marqués de Buena Esperanza se habian puesto en mútua inteligencia.

Pero ¿cómo, si el rey no sabia nada acerca de Aurora la noche anterior?

Todo esto era inexplicable para el conde.

La idea de que Aurora habia sido llevada allí para ser entregada al rey; la sospecha de que el rey hubiese pretendido desembarazarse de él, previniéndole fuese á apostarse en los senderos del Sur, bajo el pretexto de que el viento arrojaría hácia allí las reses, habia causado su cólera y habia producido el funesto disparo que habia matado al gitano.

El conde, pues, sufría de una manera horrible.

Aurora habia quedado abandonada en un sitio real cerrado.

El no podia impedir que Aurora fuese encontrada por los guarda-bosques ó por los cazadores, y presentada al rey.

Por esta parte, los celos del conde eran mortales.

Su alma se ennegrecía, y se desarrollaba en ella, en nombre de un amor extrañamente igual por dos mujeres que el rey podia arrebatarse, un ódio de muerte contra el rey.

Tal era la situacion del espíritu del conde cuando se presentó á la reina.

Esta tomó la profunda expresion de tristeza del conde como un indicio de amor, y esto exasperó más su amor.

Se cambiaron algunas palabras de honor y algunas de agradecimiento entre la reina y el conde.

Palabras contenidas, que nada pudieron hacer sospechar á la multitud de personas que las oyeron.

El conde no pudo causar envidia más que por un concepto.

En aquel momento sobrevino el rey.

Venia pálido y sombrío.

Saludó ceremoniosamente á la reina, y la dijo:

—Siento mucho, señora, que un acontecimiento inesperado haga imposible, por la sensacion que me ha causado, la continuacion de la caza: cerca de nosotros ha tenido lugar una desgracia casual ó un crimen.

—¡Cómo!—exclamó la reina.

—Sí, señora, sí; en la avenida de los Anades acabamos de encontrar muerto á un sujeto á quien nadie conoce; pero que parecia persona de alguna calidad: junto á él habia dos caballos, el uno con montura para dama; este sujeto, reconocido que fué, se vió tenia un tiro en la nuca que ha debido matarle en el acto: ¿ha sido esto por una bala perdida? ¿quién sabe? ¿ha sido á causa de un crimen? sábelo Dios: entre tanto la dama no parece, yo me he impresionado gravemente, y vos me perdonareis, señora: en todo caso, la montería puede continuar sin mí.

—¡Oh, señor!—contestó la reina;—¿cómo puedo yo divertirme cuando vos sufrís? retirémonos en buena hora.

El rey dió al montero mayor la orden de retirarse.

Poco despues la montería real entraba en palacio, y el conde en la hostería de los Monteros del rey, donde acostumbra á aposentarse cuando la corte iba de jornada al Pardo.

En aquel momento sobrevino el rey.

Capítulo XLIX.

Se explican las causas de los sucesos anteriores.

Apenas estuvo libre el conde, cuando se salió á tomar lenguas por el Pardo.

Todo él estaba alborotado con la noticia de que en el monte, y mientras estaba cazando el rey, se habia cometido un asesinato y se habia perdido una dama.

Pero no se habia podido saber quién era aquel hombre, que por su traje parecia un gitano disfrazado, ni qué se habia hecho de la mujer que debia haber ido en el caballo.

El rey, segun se aseguraba, habia encontrado aquel cadáver, que nadie de los que acompañaban á su majestad habia reconocido.

Se le habia registrado, por ver si se encontraban

algunos papeles que pudieran dar indicios de quién aquel hombre fuese, y se habia encontrado en el bolsillo interior de su casaca una cartera de seda con listas blancas y de color de rosa llena de papeles.

El rey se habia guardado aquella cartera.

Las alhajas y el dinero que habian sido tambien encontrados sobre el muerto, se habian dejado en depósito al montero mayor para que las entregase al alcalde que hubiese de instruir el proceso.

Todo era comentarios.

No habia podido averiguarse cómo habia entrado en el monte del Pardo aquel hombre.

Los porteros todos habian negado; no le habian visto entrar, no le habian visto de ninguna manera.

Esto habia dicho el mismo que le habia franqueado la entrada, obedeciendo á una orden del rey.

En cuanto á los guarda-bosques, nada habian visto tampoco.

Respecto al que habia podido herir á aquel gitano segun su tipo, á aquel noble segun su traje, no habia ni el más ligero indicio; no podia asegurarse si el caballo, con montura para señora, habia conducido una dama, que se habia perdido, ó se habia llevado para conducir alguna dama que se hubiera pensado en hacer perdidiza.

Alguno aseguraba haber visto á aquel extraño sujeto la tarde anterior en las fiestas reales, en el tendido al lado del estrado real, y que junto á él habia una dama hermosísima.

Pero esto no se comprobaba.

Podría ser una equivocacion.

El muerto era perfectamente desconocido.

Los tres que podían haber hablado de una manera exacta acerca de él, esto es, el rey, el conde de Pino Rey y el primer oficial de las cocinas de su majestad, callaban.

Cascajares podía haber dicho que la tarde anterior, ó mejor dicho, al principio de la noche anterior, el marqués de Buena Esperanza le había buscado en su propia casa y le había dicho:

—Una partida de caza mañana en el Pardo sería una buena continuacion de las fiestas con la exaltacion al trono de nuestro muy amado soberano, y yo tengo para mí que el dia será hermosísimo.

—Y bien, Jacinto,—había dicho Cascajares; lo que demostraba que conocía perfectamente al fingido marqués de Buena Esperanza.—¿Qué quieres tú que yo haga en eso?

—Es necesario que el rey se encuentre con la señorita de tal manera, que pueda hablar y aun estar á solas con ella: importa demasiado, yo te lo aseguro; no se me ha enviado para cualquiera cosa á España acompañando á la señora.

—Pero yo quisiera saber,—dijo Cascajares,—qué cosa es esa á la que has venido y que te tiene ya hace un año en España convertido en gran señor.

—Para la señorita, y desde que salió del convento donde se ha educado, es decir, desde hace tres años, yo he sido siempre el marqués de Buena Esperanza, su padre; por lo demás, en cuanto al objeto

de la venida de la señorita á España, ha sido el de que la conozca el señor don Luis de Borbon y la ame; esto se ha determinado despues de la muerte del duque de Orleans, regente de Francia, que ha causado grandes sospechas por ser tan repentina. Cuando murió, quien dió la señal de alarma fué una señora desconocida á quien habia recibido en audiencia. Alberoni es capaz de todo, Cascajares; tú lo sabes muy bien, como que tambien le conoces; la muerte del duque de Orleans no ha sido como se ha dicho un accidente apoplético, ha sido más bien un asesinato político.

—¿Tú crees?... — exclamó Cascajares, mirando fijamente á Jacinto.

—Deduzco,—contestó el gitano,—y cuando yo deduzco, deduzco siempre la verdad. ¿A quién tenemos sobre el trono de Francia? A un jóven de catorce años, desordenado ya, valetudinario á pesar de su juventud, amenazando morir de un momento á otro: ¿qué fe puede darse á la lealtad con que el señor rey don Felipe V mantendrá la renuncia que hizo al trono de Francia, si una vez pudiera corresponderle, por su exaltacion al trono de España? Despues de la muerte de Luis XIV, y aun antes, le hemos visto enemigo del duque de Orleans, y cuando éste, por muerte de Luis XIV, fué nombrado regente del rey á nombre de Luis XV, todo el mundo oyó decir á Felipe V que la regencia de Francia le correspondia por derecho de primogenitura. Todo el mundo sabe tambien que Felipe V se ha dolido de que la

ambicion de su abuelo le mandase aceptar el trono de España, cuando catorce años despues podia haber subido al de Francia. Felipe V es francés de corazón, y no puede perdonar á los españoles el que se hayan dividido en una guerra de sucesion, poniéndose gran parte de ellos, y tal vez lo más noble y poderoso, de parte del archiduque Cárlos. Los españoles han tomado como quien dice casi á la fuerza un rey francés, y ese rey francés no ha podido amar á los españoles ni dejar de suspirar por su perdido Paris.

—De manera que tú crees que al regente de Francia se le ha enviado alguna hermosa dama con un pretexto cualquiera para quitarle del medio.

—En primer lugar, el duque de Orleans era muy aficionado á las buenas mozas, y en segundo lugar, le gustaban mucho los bombones, sobre todo los de baina y licores espirituosos; una hermosa mujer, fuese quien fuese, sólo con dejarse ver de su ayuda de cámara, tenia la seguridad de ser recibida por el duque; una vez recibida la dama, podia tener la seguridad de que en el momento de sacar ella su caja de bombones, el duque se llamaria á la parte.

—Felipe V será todo lo que se quiera,—dijo Cascajares;—más francés que español, lo que no deja de ser natural, porque nació allá, allá se crió, y por acá no se le ha tratado muy bien que digamos; pero yo no le creo capaz de un fratricidio.

—Por allá no hemos acusado á Felipe V; pero junto á Felipe V está la parmesana, que siente un

ódio á muerte contra los españoles que la han privado de aquel su antiguo abate Alberoni, que siendo muy jóven ella la enseñó latin y letras humanas; ella ha pagado á su maestro levantándole de la humilde posicion de clérigo oscuro, hijo de un jardine-ro, hasta la púrpura cardenalicia; pero su misma grandeza ha matado prematuramente á aquel vulgar ambicioso, que no ha podido soportar la amargura de su caida.

—De modo que tú crees...

—Yo creo, como creo en Dios,—dijo Jacinto,—que Isabel Farnesio ha matado al duque de Orleans en venganza de la caida y de la muerte del cardenal Alberoni, causadas por el duque. Se asegura que en la casa de Parma se guarda ese que se llama licor de príncipes.

—Todo eso no son más que suposiciones, y muy aventuradas por cierto,—dijo Cascajares.—La reina es imperativa ciertamente, violenta; ella gobierna con sus hechuras; tiene aburrido al rey, á quien apenas se da parte de lo que se hace en el gobierno, y esto principalmente y el fastidio, la tristeza, la irritacion, la debilidad de su majestad para sobreponerse á todas las influencias que le anulan, han sido, á mi modo de ver, las causas que han determinado, en un momento de desesperacion y de energía, la abdicacion de su majestad, que ya hace dos años andaba retraido, metido en el Pardo, sin haber quien le sacase de allí ni aun de palacio. Además de esto, el rey es muy delicado de conciencia, y no creo yo se

atrevese á faltar al juramento solemne prestado en su renuncia al trono de Francia.

—Sábase de cierto,—contestó Jacinto,—que el rey ha consultado esto á teólogos, que el rey tiene dudas acerca de si podría desheredar á su posteridad del trono de Francia, y aun se asegura que porque su confesor el abate Daubenton le reprendió acerca de estas dudas, el rey se le echó encima, le llamó traidor puesto junto á él por el duque de Orleans para ayudar á los amigos de la casa de Francia, y que tal fué la sofocacion que por esto cogió el abate, que apenas llegó á su casa le acometió una apoplegia, y rindió el alma á Dios.

—Todo eso podrá ser murmuracion más, murmuracion ménos; intriga de esta parte, intriga de la otra,—dijo Cascajares;—pero yo sé muy bien, porque he andado mucho en intrigas de este género, el crédito que debe dárselas por los que saben de qué manera se forjan. A los reyes los conocen apenas los que están muy cerca de ellos: el vulgo cree lo que de los reyes se les dice, y yo creo que tanto el padre Daubenton, como el cardenal Alberoni, como el duque de Orleans, han reventado, porque la vida de intrigas que traían no era para ménos. No se puede jugar así tan como se quiere con los nervios, hermano Jacinto; los nervios tienen muy malas vueltas, y no es el primer señor intrigante á quien ha tirado á la sepultura desde lo alto de sus proyectos una congestion cerebral.

—Tú quieres que yo hable completamente claro,

Pedro,—dijo sonriendo de una manera seca el gitano,—y tú no has de saber nunca por qué yo tengo un título por el papa, por qué yo estoy protegido por Felipe V en secreto, y tan en secreto que no lo sabe nadie más que tú que me has servido de intermediario, ni quién es la hermosa señora que pasa por mi hija, ni con qué objeto esa señora ha sido traída á Madrid; bástete con que el oro que te se da rellene más y más tus talegos, déjate de disputas inútiles que no te han de dejar ver más de lo que has visto, y continúa sirviéndome y poniéndome la cuenta de tus servicios.

—Perfectamente, hermano Jacinto,—dijo Cascajares;—tú eres demasiado suspicaz, tú no crees que nadie pueda dar de buena fe ni aun los buenos días; bueno, bien, adelante: ¿qué es lo que te se ofrece ahora?

—El jóven rey se interesó ayer vivamente por la señorita, por esa señorita misteriosa, que probablemente no sabrás nunca quién es; no cesaron de mirarse los dos mientras duró la fiesta; es necesario, pues, que los dos se encuentren en una buena ocasión; para esto nada mejor que el monte del Pardo. El rey puede ordenar de improviso una montería; infúndeselo tú, tú que estás agarrado al rey desde hace tanto tiempo por el rabo de tu chocolatera, tú sabes como se hacen esas cosas, galopin. ¿Con que sí? tú servirás mañana á las ocho y media el chocolate á su majestad; á las nueve necesito yo tener una real orden que me autorice á entrar á caballo en el mon-

te del Pardo con la persona que me acompañe por la portillera de los Tres Cantos.

—Bien, perfectamente; pero yo debia enojarme.— Y dime, Jacinto: ¿el rey está verdaderamente enamorado de esa dama misteriosa?

—Hasta las entrañas.

—Pues el rey cuando se enamora es voluntarioso,—dijo Cascajares;—insinúate, pues, tunante.

—¿Y cómo te parece que puedo insinuarme, vihora?

—Indudablemente tú estuviste ayer en las fiestas reales.

—¡Y vaya si estuve! cómodamente acurrucado detrás del dosel, asomando la gaita por encima de los gentiles hombres y á mi gusto.

—Tú reparaste en que el rey miraba á una hermosa señorita, tú conoces al cocinero de su excelencia el señor marqués de Buena Esperanza, y tú sabes perfectamente que ese señor marqués y su hermosa hija doña Aurora se alegrarian mucho de tener ocasion de asistir á caballo y de una manera particular á una cacería real en el monte del Pardo, para lo cual es de todo punto indispensable un orden del rey. Procura que esa orden sea para los guardas de la portillera de los Tres Cantos.

—Convenido; pero ¿á propósito de qué voy á hacer yo todo eso?

—Tú eres ambicioso, Cascajares,—respondió el gitano;—tú sabes muy bien que como de jardinero puede subirse á clérigo, á preceptor, á diplomático, á

primer ministro y á cardenal, desde una cocina puede subirse tambien á grandes alturas, y con mucha más razon, puesto que un cocinero tiene cogidos por el estómago á los que pueden empinarle.

—Perfectamente,—dijo Cascajares;—pero antes de comer siempre es bueno tomar algo para hacer boca.

—¡Caribe!—exclamó Jacinto, arrojando un bolsillo sobre la mesa.

Cascajares lo recogió y revisó su contenido.

Eran unas veinticinco onzas mejicanas.

—¡Bah!—contestó con cierto desden,—para hacer boca, pase; pero tú debes saber que este género de negocios no se paga de una manera tan mezquina. ¿Sé yo acaso si tú eres un enviado de los Orleans para quitar de en medio al jóven rey don Luis, y obligar al rey don Felipe á que cargue de nuevo con la corona de España y se vea obligado á no pensar en la de Francia? Muy enfermo debe estar el pobre rey Luis XV.

—¡Insensato!—exclamó Jacinto,—sospechas como un bandido, no como un político.

—Pues mira,—dijo Cascajares,—yo sé por experiencia que entre un bandido y un político hay muy poco que escoger; pero en fin, trato hecho: mañana tendrás, poco despues de las nueve, una real orden que te permitirá entrar con la misteriosa señora en el monte del Pardo por la portillera de los Tres Cantos. ¿Conoces tú el terreno?

—A palmos.



MOTIN DE ESQUILACHE.—¡Caribe!—exclamó Jacinto,
arrojando un bolsillo sobre la mesa.

—¿Es decir, que tú, viejo mio, has andado alguna vez de aventuras por el monte?

—Pues por supuesto, hombre; no parece sino que has perdido la memoria y que me conoces de ayer mañana: acuérdate cuando se construyó el palacio del Pardo.

—Ya, ya,—dijo Cascajares;—pero aguarda, ya sé yo de quién es hija esa misteriosa señora.

El gitano miró sonriendo de una manera burlona á Cascajares, cuyo amor propio se excitó.

—Pues sí,—dijo;—esa señora es...

—Te adivino, Cascajares: tú crees que la que pasa por mi hija es hija de Isabel Farnesio y del cardenal Alberoni.

—¡Fuego de Dios! eso es,—exclamó Cascajares.

—¡Pero, insensato y torpe que tú eres! ¿qué edad tiene la reina?

—Treinta y un años.

—¿Y qué edad crees tú que tiene mi hija, es decir, la señorita?

—Supongamos que tiene quince.

—No, señor, no tiene quince: tiene diez y nueve.

—Jacinto, segun tú me has dicho, el cardenal Alberoni fué en sus primeros tiempos maestro de latin y de letras humanas de la señora doña Isabel Farnesio. Supongamos que cuando esa señora estudiaba letras humanas con el cardenal Alberoni tenia doce años la princesa: ¿cuántas italianas crees tú que hay que no puedan casarse y tener hijos á los doce años?

—¡Ah! ¡ellas son precoces!

—Hace diez años fui yo con un mensaje importante á Nápoles, y en la calle de Toledo me dejó frito un ragaza tan alta como tú, con una garganta, unos hombros y un seno que espantaban, y aquella, hijo mio, tenia once años y medio: fué un milagro que yo pudiese volver á España. Pero dejémonos de esto: yo ya sé á lo que tengo que atenerme. Puesto que tú conoces el monte, ¿podrás irte sin vacilar á la Casa Blanca?

—Indudablemente.

—Si tienes interés en que el rey se vea de una manera desembarazada con esa señora, yo estaré esperando en la Casa Blanca, en la cual no habita ahora nadie, pero que está amueblada del mismo modo que lo estaba en los buenos tiempos del cardenal Alberoni: ¿entiendes?

—Me parece bien tu idea; espérame allí.

—Procura estar en la Casa Blanca al mediodía.

—Convenido.

—Y dime: ¿tiene algunos amores esa señorita?

—Hace un año, una aventura de bandidos estuvo á punto de empeñarla por uno de los mayores libertinos de la corte; pero á mí no me convenian aquellos amores, y los corté en su origen: el conde de Pino Rey y Aurora no se han vuelto á ver.

—¿Y ella conoce su origen?

—No: ella sabe que soy gitano, me cree su padre y se tiene por gitana.

—Bueno es saber para no cometer torpezas. Creo que hemos hablado ya lo bastante, y yo estoy hacien-

do falta ya para llenar mi turno de servicio en el gran banquete de Estado que empezará en breve: yo tengo toda la parte de volatería, y esto entra en el segundo servicio. Con que hasta mañana: no estoy de humor de tener una reyerta con el jefe.

—Hasta mañana, Cascajares.

El primer oficial de las cocinas del rey se fué profundamente preocupado, y cuando llegó la hora de su servicio cometió más de una torpeza.

Estaba en el comienzo de la iniciación de un negocio de Estado que podía tener una trascendencia infinita, no solamente para España, sino también para Europa; cuando se subió á las altas regiones del palacio, al ángulo donde tenia su habitáculo, ni se acordó de dar un beso como de costumbre á su hijo Benito, que dormía profundamente, ni de despertarlo á su mujer para darla las buenas noches.

No durmió, y antes de que su mujer, que tenia un sueño de piedra, despertase, se levantó, bajó á las cocinas, puso en movimiento pinches y marmitones, dió una media docena de puntapiés por acá, otra media de sopapos por allá, y poco despues tres arrobas de chocolate hervian en una inmensa chocolatera de azofar, porque de aquel chocolate se habia de servir, no sólo á la familia real, sino á la servidumbre del interior, á la compañía de guardias de corps de servicio y á los jefes y oficiales del batallon de guardias walonas de la guardia exterior.

Por otra parte, en media docena de inmensas sartenes se hacian las jugosas y exquisitas migas, y se

freían los sabrosos trozos de longaniza de Extremadura, que debían acompañar al chocolate.

En cuanto al chocolate destinado á la propia persona del rey, su cocion en una enorme y artística chocolatera de plata era del exclusivo cuidado de Cascajares, á quien se habia concedido esta no pequeña distincion, por la cual se le pagaba un no pequeño superamen; en una palabra, tenia, era de propiedad suya, la chocolatera del rey, á la cual estaba adjunto el privilegio de servirla personal é inmediatamente á su majestad.

Cuando el riquísimo soconusco olió á Cascajares, de tal manera que comprendió estaba en su punto, tapó la chocolatera, la añadió un calentador cargado de fuego para que no cesase de hervir hasta que no cayese en la taza, y por unas escalerillas de servicio y unos pasajes excusados, se metió en el cuarto del rey, al que estaba seguro de encontrar sentado delante de la mesa con la servilleta prendida, teniendo delante de sí la gran taza de porcelana, la rica bandeja llena de mojicones y otras pastas á propósito, en otra bandeja los volados, y en otra el gran vaso de agua destilada y trasparente.

Esto no queria decir que el rey esperase.

La etiqueta de la casa de Borbon estaba sujeta á golpe de reloj.

Al sonar las ocho y media, Luis I se sentó, y un gentil hombre de casa y boca le prendió la servilleta.

En el mismo punto Cascajares, puesta la choco-

latera sobre un bufete, hacia girar de una manera maestra el molinillo entre las palmas de la mano, para hacer la espuma.

Un momento despues el espumeante, hirviente y aromático líquido caia en la taza del rey.

Cascajares tosió de una manera comprimida y violenta, como si á pesar de su respeto por el rey no hubiera podido reprimir la tos.

—Tú estás constipado, Pedro,—le dijo el rey.

—Sí, señor; y gravísimamente constipado.

Y Cascajares volvió á toser.

—Conde,—dijo el rey, volviéndose al gentil-hombre que le servia,—creo que me he dejado el pañuelo en la cámara.

El gentil-hombre salió.

—Tú toses por algo, Cascajares,—le dijo el rey.

—Sí, señor,—contestó Cascajares, inclinándose hasta tocar casi la oreja del rey y en voz muy baja;—tengo que decir algo que es muy grato y muy importante para vuestra majestad.

—Pues mira, cuando te vayas, escúrrete como si no hicieras la cosa por la otra puerta en la cámara; enderézate, que viene.

—Señor,—dijo el gentil-hombre,—yo no he encontrado en la cámara el pañuelo de vuestra majestad.

—¡Ah, conde! ¡perdona! ¡si le tengo aquí!

El gentil-hombre se inclinó sonriendo.

Poco despues Cascajares dejaba la chocolatera en



un rincón de un pasillo, y se escurria dentro de la cámara de dormir del rey.

Luis I estaba allí.

—Y bien; ¿qué significa esto?—dijo lleno de curiosidad.

—Esto significa, señor,—dijo Cascajares,—que yo estoy en el caso de que vuestra majestad me perdone.

—¿De qué?—dijo el rey, mirando con impaciencia á Cascajares.—¿Qué diablos me has hecho tú? Tú me has servido siempre bien.

—Sin embargo, señor,—dijo Cascajares;—yo nunca he tomado la iniciativa.

—Mira, Cascajares,—dijo el rey,—yo te perdono todo cuanto sea necesario perdonarte; pero no me quemes la sangre: acaba y dime lo que tengas que decirme.

—¿Me manda vuestra majestad que yo me atreva?

—Atrévete, hombre, atrévete.

—Yo necesito, señor, perdone vuestra majestad mi enorme atrevimiento; pero yo para servir á vuestra majestad, para que vuestra majestad se considere, á lo que yo creo, feliz, necesito...

—¿Pero qué será lo que necesitarás tú, asesino?—exclamó el rey;—¡cuenta, si es obra sacarte una sola palabra!

—Mi respeto, señor, mi profundísimo respeto.

—¿Pero qué es lo que necesitas, estúpido?

—Necesito, siempre para complacer á vuestra majestad, una real orden.

—¡Ah! ¡una real orden! tú has echado ojo á algun destinejo para alguno de tus compadres, y quieres que esto sea mi regalo de bodas.

—¡Ah! no, no señor; perdone vuestra majestad; la alta sabiduría de vuestra majestad no ha dado en el quid de la real orden que yo necesito.

—Antójaseme que no vamos á acabar nunca, Cascajares, y te advierto que me vas disgustando gravemente, gravísimamente, hasta el punto de que vas á obligarme á que te mande me traigas mi baston.

—Señor, yo cuido delicadamente de vuestra majestad, yo no pierdo un ápice, yo me esfuerzo por satisfacer, por prevenir los deseos de vuestra majestad; repito, señor, que es necesario que vuestra majestad me perdone. Ayer tarde, mientras nada habia para nadie en la plaza más que el señor conde de Pino Rey, que con sus bizzarrias asombraba á todo el mundo, para vuestra majestad habia algo más que el señor conde; yo lo estaba viendo, érase una hermosísima dama morena.

Las mejillas del rey se coloraron.

—¿Conoces tú esa dama, Cascajares?

—No, señor, no, de ninguna manera,—contestó el oficial mayor de las cocinas del rey;—pero yo ví que vuestra majestad la miraba con codicia.

—¿No es verdad que es admirablemente hermosa, Cascajares?

—Hermosísima, señor, hermosísima, y que ni aun ha amado.

El rey se puso pálido.

—Yo veía que vuestra majestad se empeñaba, que entre vuestra majestad y aquella señorita se cruzaban miradas. Su majestad no la conoce, dije para mí, lo veo bien en el asombro de su majestad. Su majestad la conocerá, porque para eso vive y está en el mundo su buen Cascajares. Indudablemente, señor, yo he incurrido en un grande atrevimiento; pero ha sido siempre en servicio de vuestra majestad.

—Acaba, hombre, acaba,—exclamó el rey, que no podía contener su impaciencia.—¿Sabes quién es? ¿dónde vive? ¿la has hablado?

—A esa señorita precisamente no,—contestó Cascajares;—pero sí á su padre. Cuando concluyó la fiesta, yo no perdí de vista ni al padre ni á la hija; los seguí. En la calle Mayor se metieron en una carroza; afortunadamente el gran gentío no permitía á la carroza andar de prisa, y yo pude seguirla cómodamente. La carroza se detuvo delante de la puerta de una gran casa, frente por frente de la portería del convento de la Merced, en la calle de los Remedios. La señorita entró en la casa, y yo me abalancé á su padre en el momento en que iba á entrar también. Le hablé como yo sé hablar en estas ocasiones; me recibió, enteróse, y me dijo:

—Yo soy el conde de Buena Esperanza, y sería para mí una grande honra que su majestad favoreciese á mi hija.

—¡Pícaro sin vergüenza!—exclamó el rey.

—Los hombres son así, señor; les deslumbra la

grandeza y los ciega la ambicion. En fin, si vuestra majestad fuera hoy á caza, hace un magnífico dia.

—A caza, á caza,—dijo el rey.

—Sí, señor, á caza al Pardo.

—¡Ah! ¡sí, ya, al Pardo! ¿Y para qué?

—Si vuestra majestad me diese una real orden en que se mandase se permitiese la entrada del conde de Buena Esperanza en el monte del Pardo con la persona que le acompañase, por la portillera de los Tres Cantos, podria suceder que allá hácia el mediodía vuestra majestad encontrase en la Casa Blanca la hermosa señorita morena de ayer tarde.

—Pues, caro Cascajares,—dijo el rey,—cazaremos todos: ¿supongo que tú sabes escribir, Cascajares?

—Indudablemente, señor.

—Pues mira, mira: pon ahí en un papel la minuta de esa real orden.

Cascajares escribió la minuta.

El rey la rubricó.

—Llévatela ahora á mayordomía, ¿entiendes? que extiendan la real orden; pero de una manera discreta, Cascajares, no quiero que esto tenga publicidad. A eso de las doce yo me escurriré hácia la Casita Blanca, y aunque no puedo disponer más que de un momento, veré al fin á esa divinidad y la hablaré. Mira, mira, Cascajares, pideme algo; así me ahorras de pensar en la manera de recompensarte por tus buenos servicios.

—Señor, señor,—dijo Cascajares,—mi mayor re-

compensa es complacer á vuestra majestad, y para complacerle mejor pido á vuestra majestad licencia para retirarme.

—Anda, anda, mi buen Casejares, hasta las doce; espérame tú mismo en la Casita Blanca.

Hé aquí explicado como hubo aquel día caza en el Pardo, y tuvo Jacinto la real orden, que por desventura suya, le permitió la entrada con Aurora en el monte del Pardo.

Capítulo L.

De como no deja de haber peligros en mascar á dos carrillos.

El conde de Pino Rey se habia encerrado en su aposento de la hosteria de los Monteros de Espinosa.

Estaba desesperado.

De una parte y de la otra era infeliz.

No sabia lo que habia sido de Aurora, y esto le atormentaba de una manera infinita.

Le hacia sentir unos celos horribles.

Para él era indudable que el gitano no habia llevado al monte á Aurora sino para hacer que la viese el rey.

Este mismo pensamiento que le habia acometido en el momento de ver al gitano y á Aurora, habia trastornado su razon y habia producido el golpe que habia matado á Jacinto.

Por otra parte (tal era la situación del espíritu del conde), la reina no podía estar más enamorada de él.

Apenas había podido disimularlo delante de la servidumbre.

Pero ya hemos expresado bastante esta doble y contradictoria situación del conde de Pino Rey.

Eran como las dos de la tarde, cuando llamaron discretamente á la puerta del gabinete donde estaba encerrado el conde.

—Adelante,—dijo éste.

Apareció Filipichin.

—Señor,—dijo,—ahí está Cascajares el de las cocinas del rey, y aunque yo le he dicho una y mil veces que vucencia descansa y que yo no me atrevo á incomodarle, ha insistido diciendo que tiene cosas muy graves, muy importantes, que comunicar á vucencia.

—Pues que entre, que entre al momento,—dijo el conde, saltando del lecho.

Cascajares no tardó en aparecer.

—¿Tendrá la bondad vucencia,—dijo,—de cerrar la puerta?

—¿Y por qué no, señor Cascajares?—contestó el conde, que como de palacio, conocía toda la alta y baja servidumbre.

—Vucencia comprenderá,—dijo Cascajares,—que lo que me trae es un negocio secretísimo.

—Veamos,—dijo el conde.

—Traigo una carta para vucencia, una carta de una altísima señora.

—¿De ella?—preguntó el conde.

—Sí, si señor, de la reina.

Cascajares se fué al hueco de un balcon para evitar hubiese quien pudiese verlo por el ojo de la llave, y dió un pequeño billete perfumado al conde, que le habia seguido.

El conde leyó lo siguiente:

«Es necesario que nos expliquemos; esto no puede continuar así. Yo cuento con vuestra generosidad: haced lo que os diga la persona que os dará esta carta.—LA CONSABIDA.»

El conde guardó el billete sobre su corazón.

—¿Y qué es lo que hay que hacer?—dijo el conde.

—Nada, absolutamente nada, excelentísimo señor; esta noche á las diez, antes de que se cierren las puertas de palacio, vuecencia me hará la merced de ir á honrar mi pobre habitacion en las buhardas de palacio.

—Iré, Cascajares, iré.

—Gracias, excelentísimo señor.

—Esperad, esperad,—dijo el conde;—no quiero que os vayais como habeis venido; tomad en memoria mia.

Y le dió una rica sortija.

—Y decidme,—le preguntó,—¿que se dice de esa muerte hecha de una manera tan extraña en el monte esta mañana?

—La verdad es, señor conde,—dijo Cascajares,—que se dice mucho y no se dice nada, como sucede con todo lo que es misterioso; nadie sabe como ese

individuo, cuyo nombre se ignora aún, ha podido entrar en el monte; pero la circunstancia de haberse encontrado junto á él dos caballos, uno de ellos enjaezado como para servir á una dama, ha hecho nacer una multitud de conjeturas; nadie ha visto, ni portero ni guarda bosque, al difunto antes de que lo fuese, y si le acompañaba una dama, no se sabe lo que de esa dama haya sido; todavía se está batiendo el monte de órden del rey para ver si se la encuentra.

—¿Y vos que lo sabeis todo,—dijo el conde mirando profundamente á Cascajares,—no sabeis nada?

—Nada absolutamente, excelentísimo señor; yo no me he movido desde que vine de las cocinas, sino para subir un momento á mi aposento, adonde me habia citado con un billete muy breve una azafata de su majestad, la señora viuda de Navas Muertas, que me dió de parte de la reina el billete que he dado á vucencia. Lo que ha sucedido en el monte, lo he sabido por lo que se dice y nada más.

—Id, id con Dios, señor Cascajares,—dijo el conde convencido de que Cascajares,—no sabia nada.

De tal manera sabia encubrirse este individuo.

Era en toda la extension de la palabra un raton de palacio.

El conde pasó como pudo el tiempo hasta las diez de la noche.

—No estaba de servicio, y el rey ni aun se habia acordado de llamarle.

Esto era nuevo.

Era el primer día que don Luis prescindía de su grande amigo.

El conde se alegró en último resultado de la libertad en que le dejaba el rey.

A las diez de la noche, el conde, que había pasado el día como había podido, estaba en la parte superior de palacio, en las llamadas buhardillas, que eran sin embargo muy bonitas, en la habitación que tenía en el palacio del Pardo, y desde hacía mucho tiempo, Pedro Cascajares, es decir, desde que el palacio del Pardo se había construido.

Cascajares estaba solo.

Su familia se había quedado en las altas regiones del palacio del Buen Retiro.

—Y bien,—dijo Cascajares, cerrando la puerta con doble vuelta y llevando al conde á una habitación interior,—lo que me sucede es que tengo miedo.

—Miedo, ¿y de qué?—preguntó el conde.

—¡Quién sabe, quién sabe!—dijo Cascajares,—su majestad no es así tan como parece, y yo no sé por qué, desde que ha venido á verme esta mañana la señora viuda de Navas Muertas y me ha dado el mensaje que he llevado á vucencia, no se me pasa de la memoria cierta cruz negra que hay en la calle Mayor, frente á las gradás de San Felipe, clavada junto á la puerta del señor conde de Oñate, ni el letrero que la cruz tiene debajo: «Aquí mataron alevosamente al conde de Villamediana.»

—¡Diablo!—dijo el conde,—vos no me conoceis,

esto me incita más; si hubo un Conde-duque que mató al estúpido enamorado de la esposa de Felipe IV, no es esta una razón para que yo no avance por el camino que me abre la fortuna.

—Vuecencia podrá ser todo lo valiente y todo lo audaz que quiera, señor conde,—dijo Cascajares;—pero yo no tengo los mismos motivos para confiar tanto. Su majestad la reina, con perdon sea dicho, porque es fuerza decirlo, es muy voluntariosa, muy ligera, muy imprudente, vuelvo á pedir perdon; pero esta es la verdad; yo me veo obligado, hay que servir á los amos, y tanto más cuanto los amos son más poderosos; pero yo suplico á vuecencia que por su parte haga cuanto sea necesario para que esto no trasluzca: si se tratara solamente del Pardo, si su majestad se redujera á no ver á vuecencia sino cuando la córte viniere aquí, la cuestión sería completamente distinta, pasaria entre paredes mudas.

—Pero la reina me espera, ¿no es esto?—dijo el conde, que estaba con impaciencia.

—No, no, en verdad,—dijo Cascajares.—Aún no es la hora; hasta las once, su majestad el rey no se recoge; es necesario esperar. Si yo he citado á vuecencia á las diez, ha sido porque las circunstancias en que me veo me obligan á hacer una revelación á vuecencia. Yo cuento, excelentísimo señor, con que el secreto de lo que voy á revelar á vuecencia quedará profundamente guardado.

—¡Oh! sin duda,—exclamó el conde.—¿Tienes algo más que decirme respecto á su majestad?

—No, no señor; lo que voy á decir á vucencia se refiere á su majestad la reina madre.

—¿A la reina doña Isabel?

—Sí, sí señor; apenas acabado de construir este palacio, se me señaló en él esta habitacion; yo soy realmente el encargado de las cocinas de su majestad; con el cocinero mayor no se cuenta cuando se quiere; yo, además, estoy desde hace mucho tiempo en ciertos secretos de la casa, á los cuales no he faltado nunca, y si ahora faltó á uno de ellos, y por cierto grave, es por necesidad. La primera noche en que, habiendo venido la córte al Pardo, se ocupó el palacio, ya tarde, muy tarde, sentí que llamaban á la puerta: yo estaba solo, como ahora; mi mujer se habia quedado en Madrid; abrí, y me encontré no ménos que con el cardenal Alberoni: entró, llegó hasta este mismo aposento, y me dijo señalándome ese armario de nogal:

»—Es necesario sepas lo que detrás de ese armario se oculta.

—Ya ve vucencia,—añadió Cascajares, llevando al conde hasta el armario.—Este mueble está empotrado en la pared, formando parte de la construcción. Sin embargo, este armario, como vucencia va á verlo, es una puerta.

Cascajares tomó una bujía, la encendió y abrió el armario.

Estaba vacío.

Parecia como destinado á ropero.

Cascajares tocó en un ángulo de él á la tabla del

fondo, y esta tabla giró, dejando descubierta una entrada.

—Pasemos si place á vuecencia,—dijo Cascajares;—yo me tomo la libertad de ir delante, porque es necesario alumbrar.

Y Cascajares pasó.

Inmediatamente empezaron á descender por unas escaleras de caracol de piedra.

A los diez y seis peldaños encontraron una puerta, que Cascajares abrió.

La escalera continuaba.

Cascajares entró en una habitacion como de cuatro varas en cuadro de extension y tres de altura.

Aquella habitacion no tenia más respiradero que la puerta.

En ella habia una chimenea de mármol, coronada por un espejo adornado con reloj y candelabros.

Las paredes estaban cubiertas de tapicería de seda.

El techo pintado con alegorías amorosas.

El pavimento cubierto de una rica alfombra.

En el centro un hermoso velador de mosaico con pié de bronce dorado.

Un lecho con colgaduras y cubierta rojas, como la tapicería de la pared y como estas salpicadas de pequeñas abejas de oro.

Un canapé y algunos sillones dorados.

Hé aquí todo.

No podia haber más lujo, ni más coquetería, ni

más voluptuosidad que las que se hacian sentir en aquel pequeño aposento.

Aquel era un nido de amor, al que se llegaba por una comunicacion secreta.

—Nadie sabe,—dijo Cascajares,—que en el palacio existe este aposento, más que el arquitecto que le ha construido, la reina doña Isabel Farnesio y el cardenal Alberoni, que le han hecho construir, y yo que soy, por decirlo así, su conserje y su portero. Este aposento está cabalmente sobre el dormitorio de la reina. Descendiendo treinta escalones, se llega á otra puerta secreta que da al mismo dormitorio de la reina, y que está encubierta por un grande espejo, que como el armario que vucencia ha visto antes, parece empotrado en la pared. Continuando el descenso, á los otros treinta escalones se encuentra otra puerta; está puerta es un espejo que está colocado sobre una consola de un gabinete que corresponde al despacho que tiene en palacio el mayordomo mayor. La escalera continúa aun; á los treinta peldaños se encuentra una mina, que pasa por bajo de los cimientos de palacio y va á dar á alguna distancia en una antigua cloaca, situada junto á la orilla derecha del Manzanares, allí la puerta secreta es un sillar.

—De modo,—dijo el conde de Pino Rey,—que á este aposento puede entrarse ó por el rio, ó por la mayordomía mayor, ó por el cuarto de la reina, ó por el tuyo.

—Exactamente, excelentísimo señor. Y como la señora de Navas Muertas me habia dicho expresa-

mente de orden de su majestad la reina, procure una entrevista entre la reina y vucencia, como el rey nuestro señor es muy receloso y está muy sobre aviso, yo me he visto obligado á revelar la existencia de este escondrijo de palacio á vucencia y la señora viuda de Navas Muertas, si habia de hacerse que la entrevista entre su majestad y vucencia fuese tan secreta como es necesario. Yo cuento con que de la una y de la otra parte se guardará el secreto más profundo. A todos nos conviene, excelentísimo señor. Es necesario que no nos olvidemos de la cruz negra del conde de Villamediana.

—¡Ah, bah!—exclamó el conde;—Villamediana murió de nécio; no está bien consignado si la reina Isabel le amó, ó si él lo soñó; apariencias hechas por él le mataron, y yo no me contento con las satisfacciones de la apariencia. Cuando soy feliz devoro mi felicidad en secreto, y me basta con el goce de mi felicidad.

—En fin,—dijo Cascajares,—no todo ha de ser pláceme y medros en palacio; alguna vez sobrevienen las situaciones graves, difíciles, peligrosas. Voy á dejar á vucencia, me parece que ya es hora, no se sorprenda vucencia si dentro de poco tiene una aparición.

—Id, id cuanto antes,—dijo el conde.

Cascajares salió de aquel aposento y descendió por las escaleras á oscuras, pero contando los peldaños.

Nos olvidábamos de decir que durante su conver-

versacion con el conde en aquel escondido aposento, Cascajares habia encendido, no solamente las bujías de los candelabros, sino tambien la chimenea, que estaba preparada de antemano.

A los treinta peldaños, Cascajares se detuvo, palpó y encontró la puerta secreta que correspondia al dormitorio de la reina.

Miró á través de un agujero que por la otra parte se ocultaba entre los adornos del espejo, y vió una señora todavía bella, pero entrada en años; en una palabra, la azafata viuda de Navas Muertas, que vestida de córte como de servicio, estaba sentada junto al lecho de la reina, leyendo tranquilamente á la luz de una bujía colocada en un velador inmediato, un libro en fóllo ricamente encuadernado.

—No hay absolutamente peligro por esta noche,—dijo Cascajares;—el rey me aguarda impaciente para nuestra expedicion al monte á la Casita Blanca; podemos, pues, avisar á esta especie de grulla noble; el rey no vendrá esta noche, y tal vez no venga nunca: sabe Dios en lo que acabarán estos enredos.

Y Cascajares dió tres recatados golpes, recatados más por costumbre que por cuidado.

Esto habia sido avisar á la azafata, que levantó la cabeza.

Inmediatamente giró el espejo.

Cascajares, despues de haber llamado la atencion de la azafata habia oprimido un resorte, y aquella entrada se habia franqueado.

—¡Ah, señor Cascajares!—dijo la viuda, —¿con que ya estamos en el terreno?

—Ciertamente, señora,—dijo Cascajares.

—¡Válgame Dios! por caprichos de niña,—dijo la azafata;—pero yo creo que esto será de todo punto inocente.

—Inocentísimo por supuesto,—contestó Cascajares;—yo no dudo.

—¿Y él está ya arriba en esa pequeña habitación que me habeis mostrado esta tarde?

—Allí está; quedaos, pues, con Dios, señora, y haced presente á su majestad que puede confiar de todo punto en mi lealtad y en mi reserva.

Y Cascajares salió.

Pero en vez de ascender descendió.

Llegó treinta peldaños más abajo á otra puerta.

Era la que ya conocemos demasiado.

La abrió.

El grupo de bronce y los candelabros habian sido quitados de sobre la consola.

Se conocia que Cascajares habia andado antes por allí.

Bajó, cerró, volvió á poner el grupo y los candelabros en su lugar, revelando en esta operacion unas fuerzas de las cuales no se le hubiera creído dotado.

Luego avanzó y se encontró en el despacho del mayordomo mayor, que más tarde, como hemos visto, se habia convertido en cuarto de guardia del jefe de parada de palacio.

Una vez allí, por una puerta de servicio, que más adelante fué tapiada, subió por unas escaleras, de servicio tambien, al cuarto del rey.

Esta puerta y estas escaleras eran las de que se servia el mayordomo mayor.

Cuando se cambió el destino de aquellas habitaciones, las escaleras fueron destruidas y la puerta tapiada, como hemos dicho.

Cascajares encontró al rey con su traje de campo y de ronda á un tiempo.

—¡Ah!—dijo;—eres exacto: aun no han dado las once, y sin embargo, yo me impacientaba. ¿Por dónde escapamos sin que nos vean, Cascajares?

—Por donde yo he venido, señor; por la escalera de la mayordomía mayor; despues por la puerta de escape de la mayordomía al patinillo, de allí á los jardines.

—¿Y esa hermosa señora, cómo va? ¿ha vuelto á caer en su desmayo?

—No, no señor.

—Por supuesto, no la habrás dejado sola,—añadió el rey.

—¡Ah! no, no señor, he enviado por mi mujer, que está allí; pero no he podido dispensarme de tenerla encerrada.

—¡Cómo! ¡cómo! ¡encerrada! ¡presa!

—Necesariamente, señor, si habia de verla vuestra majestad; esa señorita es muy fiera.

—Anda, anda, Cascajares,—dijo el rey:—por el camino me contarás.

Cascajares encendió una linterna sorda, de que iba provisto, y precediendo al rey, bajó á la mayordomía.

Tomó una espada y un par de pistolas, que con una capa y un sombrero habia dejado á prevencion en la mayordomía, en la que habia penetrado aquella noche despues de haberse ido los oficiales.

Salió á la antecámara, siempre seguido del rey.

Abrió una puerta lateral, y por un corredor, un patinillo y otro pasadizo, entró en los jardines.

El rey y él se deslizaron en silencio, cerrada la linterna para no hacerse notar.

Llegaron al postigo.

Cascajares le abrió, y salieron.

A poca distancia un hombre tenia dos caballos.

Montaron, y se alejaron al galope en direccion al monte.

Se sostuvieron á aquel paso hasta que llegaron á una de las entradas de la cerca.

Cascajares llamó, dijo algunas palabras al que acudió, y la puerta se abrió inmediatamente.

El rey conservaba el más riguroso incógnito.

Iba embozado hasta los ojos.

A más de esto, el que habia abierto no habia sacado luz.

Habia obedecido á una señal convenida.

Pero no sabia que el que habia entrado con Cascajares era el rey.

Una vez dentro, pusieron los caballos al paso.

El rey necesitaba antes de ver á Aurora, conti-

nuar su conversacion con Cascajares, interrumpida á la salida de palacio.

—¿Con que esa señorita es muy fiera?—dijo el rey.

—Fierísima,—contestó Cascajares.

—Nada se me ha dicho de eso,—dijo el rey,—y esto es bien enojoso.

—Yo estoy verdaderamente aterrado, señor,—dijo Cascajares;—ese marqués de Buena Esperanza no me habia dicho nada de ello cuando convinimos en que traeria á su hija al monte del Pardo: yo esperaba en la Casita Blanca y observaba con la puerta entreabierta, cuando, despues de haber visto al marqués que avanzaba con su hija á caballo por la avenida en direccion á la casita, oí un tiro, ví que el marqués caia, y que esa señorita desmontaba del caballo y caia desmayada. Acudí; no habia nadie: ví que el marqués estaba difinitiva, perfectamente muerto, y que el desmayo de la señorita era grave: cargué con ella y la escondí en la Casa Blanca: nadie me vió, y la prueba de ello, es que habiéndose batido el monte en busca de esa señorita, á ningun empleado del sitio se le ha ocurrido registrar la Casa Blanca. Se sabe que hace mucho tiempo la Casa Blanca está cerrada; pero nadie sabe que yo tengo una llave, más que vuestra majestad, que alguna vez ha visitado, valiéndose de mí, la casita.

—¿Y no has podido tú oler quién ha sido el que ha matado al marqués de Buena Esperanza?

—Absolutamente, señor: el tiro salió de un costado de la avenida y de entre una espesura.

—Pero aquí puede haber una complicacion: el marqués podia tener sobre sí algun papel que indirectamente nos comprometiese.

—¡Bah! señor,—dijo Cascajares:—afortunadamente yo no soy torpe; no he tenido ocasion de otra cosa que de avisar, por medio de la carta que he dado á vuestra majestad esta tarde, del lugar donde estaba escondida esa señorita, y de advertir la hora á que vuestra majestad podia salir de Palacio para verla; pero ha llegado el momento de las explicaciones, y me explico. Yo quisiera poder decirlo todo de una vez á vuestra majestad para no molestar demasiado su atencion; pero esto no es posible.

—Sigue, sigue; al negocio,—dijo el rey:—me tienes impaciente.

—Como ya he dicho á vuestra majestad, la señorita estaba profundamente desmayada: yo comprendí que no volveria tan pronto de su desmayo, que tenia algunos minutos de tiempo.

Salí rápidamente.

La soledad de aquellos lugares era perfecta.

Las cornetas de caza se oian muy á lo lejos.

Reconocí al muerto.

No tenia sobre sí ningun papel, ninguna señal que pudiese indicar quién era más que la real orden de vuestra majestad, que le habia servido para que le dejasen entrar por la portillera de los Tres Cantos.

Yo no perdí tiempo.

Escapé á la carrera como un gamo.

Me fuí á la portillera y pregunté al guarda-bos-

que que sirve en la portería si habia hablado con alguien despues de la entrada de aquella dama y de aquel caballero.

Me dijo que no.

Le traje á la Casita Blanca por senderos extraviados.

Aun estaba allí el cadáver del marqués.

Aun no habia acudido nadie.

Metí al guarda-bosque en la casita, le encerré en el sótano y allí está.

—¡Diablo, diablo!—dijo el rey:—ese es un inconveniente.

—Al guarda-bosque se le tiene algun tiempo encerrado, y despues se le tapa bien la boca con dinero y se le envia con un buen destino á América. Además que, salva la determinacion de vuestra majestad, Genaro es todo un hombre: callado como un poste y valiente como un lobo: podria suceder muy bien que mañana le necesitase vuestra majestad.

—Bien, bien; ya veremos. Pero ella, ¿continuaba ella desmayada cuando tu volviste?

—Volvió en sí poco despues de haber encerrado yo á Genaro en el sótano: se incorporó bravamente sobre el lecho en que yo la habia puesto; saltó de él y me miró de una manera terrible. ¡Ah! nunca me olvidaré de aquella mirada, señor: me dió miedo.

»—¿Por qué estoy aqui?—me dijo:—¿quién me ha traído aqui? ¿qué se pretende de mi?

»—Es que ha sucedido una desgracia, señora,—la contesté yo.

»—Sí, sí,—me dijo,—una cosa horrible: han matado al hombre que me acompañaba, que me había traído aquí no sé para qué ¡Dios, siempre Dios, que castiga! la vista de la sangre me dió horror y perdi el conocimiento.

—¿Llamaba *ese hombre* al hombre que la acompañaba, y refiriéndose á ese hombre ha recordado al Dios que castiga? tal vez ese hombre no era su padre, Cascajares.

—A mí me pareció extraño cuando vi el cadáver, que un hombre tal pudiese ser padre de una criatura semejante. Todos los que me rodeaban cuando descubrimos el cadáver, decían:—«Pero ese hombre, á pesar de su traje, es indudablemente un gitano:»—yo me callaba, me guardaba muy bien de decir que ese hombre se nombraba marqués de Buena Esperanza.

—Pero sigue, sigue, Cascajares; háblame de ella: no puedo olvidarla un momento. ¡Oh! ¡qué hermosura!

—Pues ella, señor, aunque no se me encoge fácilmente el corazón, logró asustarme por el momento.

Yo no he visto nada tan fiero ni tan magnífico. Arrojava fuego por los ojos.

Se le hinchaban las venas de la garganta, y tal vez me engañaban mis ojos, pero á mí me parece que se le erizaban los cabellos.

»—Esto ha sido un miserable asesinato,—exclamó;—un asesinato cometido sin duda para aislarme completamente, aunque yo podía fiar muy poco en

la proteccion de ese hombre á quien Dios ha castigado. En fin, yo no comprendo esto: explicadmelo.

Yo sudaba, señor.

Yo no sabía qué hacer ni qué decir.

La señorita continuaba dominándome.

»—En fin,—me dijo,—sepamos por qué estoy yo aquí.

Y su voz, señor, amenazaba.

»—Os he encontrado desmayada,—respondí yo,—y os he traído aquí para socorberos.

»—Pues bien,—me dijo;—yo no necesito ya de que se me socorra: me siento fuerte, en perfecto estado de salud. Salgamos.

»—Eso seria imprudente, señora,—la respondí yo;—hay de por medio un cadáver; es posible que no se sepa quién le ha herido, y la justicia...

»—¿Y creéis acaso que la justicia puede ni aun siquiera suponer que yo he sido quien ha matado á ese hombre? ¿Con qué armas, por lo pronto? ¿por qué razon, por qué interés luego? Salgamos si no quereis que yo crea que todo esto ha sido una cosa convenida y que vos conoceis al asesino, si no es que ese asesino lo sois vos mismo.

Juzgue vuestra majestad cómo me quedaria yo.

Y en efecto, habia que conceder que las apariencias me condenaban.

Yo no encontré más que un medio para salir de aquel laberinto.

—¿Y cuál, y cuál, Cascajares? Veamos,—dijo el rey.—Supongo que no habrás cometido una torpeza.

—¡Oh! no, señor; he ahorrado mucho camino á vuestra majestad.

—¡Ah! ya; tú la has dicho...

—Sí, sí señor; yo la he dicho que vuestra majestad la vió ayer durante las fiestas reales, que vuestra majestad se interesó vivamente por ella; que hizo se la siguiese; que se envió una persona á hablar con el marqués de Buena Esperanza; que se habia convenido en que vuestra majestad vendria á cazar al Pardo, y almorzaria secretamente con el señor marqués de Buena Esperanza y con su hermosa hija, en lo cual no se prejuizaba nada que la hiriese á ella en su decoro.

—Pues has sido un torpe, muy torpe, extremadamente torpe, Cascajares, y me has comprometido gravemente, con una estupidez increíble en tí, que me irrita, que me pone casi en el caso de soltarte un tiro, miserable; tú no sabes quien soy yo; este es el resultado inmediato de familiarizarse con canallas como tú; estas son las consecuencias de faltas que no debíamos cometer los príncipes. ¿Con que sí? ¿con que tú, bribon, has dicho á esa señorita que se habia convenido entre su padre y yo un almuerzo secreto, los tres juntos y en una casa tan elocuente por sí misma, por su belleza y por su disposicion especial? ¿De modo que esa señorita habrá creído que yo soy un malvado, un tirano, un asesino, que para desembarazarse de un estorbo y apoderarse de ella como un bandolero, se ha valido de tí, el último de los pícaros, y ha mandado matar á su padre ó lo que sea?

y si yo, prescindiendo de todo, repito, te metiera un pistoletazo y fuera luego á sincerarme con esa señora, haria muy bien, infame execrable.

Cascajares callaba como un muerto y continuaba callando aun despues de haber terminado el abrupto del rey.

Luis I era un buen hombre.

Mejor dicho, un buen jóven.

Pero violento, antojadizo y bravo.

Sus cortesanos le habian corrompido hasta cierto punto, metiéndole en aventuras galantes.

Pero su alma no se habia corrompido ni se habia debilitado.

Tenia la imaginacion viva, y la sola suposicion de que Aurora, en vista del relato de Cascajares, le hubiera creido capaz de un crimen, le habia irritado.

Ya hemos visto por la conversacion que Cascajares habia tenido poco antes con el conde de Pino Rey, que á Cascajares no se le ocultaba que no se podia jugar con Luis I.

La aventura de la reina con el conde de Pino Rey habia hecho que Cascajares se acordase de la tragedia del conde de Villamediana, muerto de orden de Felipe IV por los amores, más bien supuestos que ciertos, de Villamediana con la reina.

Cuando Cascajares vió que montaba en cólera el rey, se puso á rezar apresuradamente, como hombre que se dispone á morir lo mejor posible.

Atravesaban entonces por un intrincado lugar del monte del Pardo.

Sabia bien Cascajares que la cólera solia trasportar al rey á un estado muy semejante á la locura.

Así pues, habia acabado el rey de hablar, y Cascajares no se habia atrevido á responder.

—¿Pero nada dices, bellaco que tú eres?—exclamó el rey.

—¿Me da licencia vuestra majestad?—exclamó con voz trémula Cascajares.

—¿Deseo acaso yo otra cosa sino que hables?—dijo el rey.

—Pues no, no,—dijo Cascajares;—con licencia de vuestra majestad, esa señorita no ha supuesto lo que vuestra majestad ha temido hubiese supuesto. No, no señor, muy al contrario; cuando esa señorita ha sabido que se la habia traído al monte del Pardo con la sola intencion de que vuestra majestad la hablase durante un almuerzo particular, se amansó.

—¿Cómo, cómo!—dijo el rey.

—Sí, señor, sí; se amansó.

—Continúa, Cascajares, continúa

—Ya ve vuestra majestad que yo no he sido ni torpe, ni imprudente, sino que he salido del paso como he podido, y de buena manera y con buenos resultados por cierto.

—Bien, bien; hazte cargo de que no he dicho nada; pero continúa.

»—¿Con que es decir,—me preguntó la señorita,—que el rey nos hacia al muerto y á mí el honor de almorzar con nosotros?

»—Esto es, señorita,—la dije,—y yo estoy precisamente aquí, porque soy indispensable para el almuerzo.

»—¿Cómo! ¿qué?—me dijo.

»—Sí, señora, sí,—la respondí:—yo soy el oficial mayor de las cocinas de su majestad, y su majestad, que me conoce mucho, me trató con una cierta confianza: por lo mismo yo esperaba para servir el almuerzo: he oído un tiro, he salido, he visto la desgracia; os he encontrado desmayada, y os he socorrido.

»—¿Y el rey vendrá?—me preguntó la señorita, ya con la voz serena.

—¿Cómo cómo?—dijo el rey;—¿ha preguntado si iría yo? ¿y qué semblante tenía cuando te hizo esa pregunta?

—Ni bueno ni malo, señor: un semblante sério y tranquilo.

—¿Y tú, y tú? ¿qué la respondiste tú?

—Yo la dije que despues de lo que había sucedido, no era probable acudiese vuestra majestad; pero que si ella quería, si no encontraba ningún inconveniente, el almuerzo podría convertirse en cena.

—¿Y qué, y qué?—dijo el rey con afán.

—¿Y qué, señor? Que sí: ha quedado convenido que esa señorita recibirá á vuestra majestad esta noche.

—¡Ah! eres un grande hombre, Cascajares.

—¿Y cómo podría cenar con esa hermosísima señorita vuestra majestad si me hubiese metido un pis-

toletazo?—dijo el audaz confidente, pretendiendo ganar el terreno perdido.

—No hablemos, no hablemos más de eso,—dijo el rey;—tú has tenido la culpa, porque no has sabido expresarte bien. Pero continúa, continúa, porque tú has debido hablar mucho más con ella.

—No mucho más; pero sí lo bastante para que pueda juzgar vuestra majestad.

»—Puesto,—medijo la señorita,—que el rey, como vos creéis y como yo lo creo también, no vendrá por el momento, que vos teníais dispuesto un almuerzo, y que yo no he almorzado aún, servidme de almorzar.

—¡Cómo!—exclamó el rey;—¿esa señora, despues de lo que habia sucedido, se encontraba en disposicion de almorzar?

—Sí, señor; y ha almorzado con muy buen apetito, y aun ha tenido elogios para mí por la bondad de los manjares. Vuestra majestad puede, pues, considerar si esa señorita tiene alma.

—¡Diablo, diablo!—dijo el rey;—esto es grave. Pero continúa, Pedro, continúa.

—Durante el almuerzo la señorita me dijo:

»—No puede ni aun remotamente creerse, ni aun suponerse, que su majestad haya tenido parte en la muerte de ese hombre.

—¿No lo inventas tú eso, Cascajares?—preguntó el rey.

—¡Yo, señor,—dijo Cascajares;—no me atreveria á engañar á vuestra majestad!

—Sigue, sigue.

»—Conviniendo en esto,—dijo la señorita,—conviniendo tambien en que no se comete un asesinato sino por un interés grave, veamos si podemos deducir algo acerca del crimen que acaba de cometerse. No hay que pensar en bandidos dentro de un sitio real, cerrado y poblado de guardas.

»—Podrá haber sido alguna bala perdida, señora,—contesté yo.

»—No,—dijo ella;—el disparo sonó muy cerca. ¿Qué caballeros acompañaban al rey en la montería, que hayan podido verme de repente en el monte acompañada de ese hombre?

—¡Hola, hola!—dijo el rey;—¿qué es esto? ¿cuál de los de nuestra corte puede conocer á esa señora y tener interés en matar al que viniese acompañándola en nuestro monte del Pardo? ¿No ha significado ella ningun nombre?

—No, no señor; ha preguntado, y nada más.

—¿La has dicho tú los nombres de los de la alta servidumbre que me acompañaban en la montería?

—Todos, señor.

—¿Y no ha hecho movimiento que haya podido indicarte algo al escuchar alguno de ellos?

—No, señor; despues de haberla yo hecho oir todos esos nombres, desde el conde de Oropesa, por donde empecé, me acuerdo bien, al conde de Pino Rey, por donde concluí, no insistió más en esto; acababa en aquel momento de almorzar, y me dijo:

»—Las circunstancias en que me encuentro son gravemente extraordinarias, y puesto que vos sois la

única persona de que puedo valerme, decid á su majestad que necesito su proteccion, que tal vez tenga que revelarle algo importante; que me hará una gran merced si viene á verme esta noche. Pero, entre tanto, no quisiera estar sola.

»—Dentro de dos horas,—la respondi,—estará aquí mi mujer y os servirá. Estas fueron las últimas palabras que he hablado con esa señorita; mi mujer la acompaña, yo tengo preparada la cena, y estoy seguro de que vuestra majestad no quedará descontento de mí.

—¡Oh! ¡Señor, Señor!—exclamó el rey,—¡qué aventura esta! Piquemos, piquemos, Pedro; estoy impaciente por llegar, y aún queda todavía un buen cuarto de legua.

Y el rey metió al galope su caballo por una ancha avenida, iluminada por la luna, que poco antes acababa de salir.

Capítulo LI.

De como la fatalidad tomaba parte en los acontecimientos de esta historia.

Dieron las once en el reloj de palacio.

El conde de Pino Rey se paseaba en el pequeño aposento donde le habia dejado Cascajares esperando la aparicion anunciada.

A poco de haber sonado la hora, se oyó el marcado roce, el frú-frú de un traje de seda que avanzaba, ascendiendo rápidamente por las escaleras.

A poco apareció en la puerta Luisa Isabel.

El conde avanzó, dobló una rodilla y besó la mano á la reina.

Esta parecia cortada, como asustada de sí misma.

—¡Oh!—dijo al fin, haciendo un esfuerzo;—vos

direis lo que querais, conde; pero direis muy mal si decís mal de mí.

Y cerró la puerta y se sentó junto á la chimenea.

Llevaba un traje de raso azul bordado de plata y abierto, dejando ver una falda de raso blanco ligeramente bordada de oro.

Llevaba una gorguera de encaje, que dejaba ver el magnífico collar de brillantes que la habia regalado el conde, y tenia los cabellos peinados en la crizon y empolvados, pero ligeramente.

De modo que se pudieran ver que eran rubios.

Estaba sobrecitada, y el color de su sobrecitacion hacia resaltar de una manera encantadora la diáfana blancura de su tez.

Contaba á lo más diez y siete años.

Tenia esa gracia indescribible, *sui generis*, de la alta dama parisien.

Además, su voz tenia ese hechicero timbre del acento de una francesa de alta educacion cuando habla el español, y aun como nuestras españolas cuando han estado mucho tiempo en Francia.

El conde, fascinado por tanta gracia y tanta belleza, olvidado todo lo que no era ella, la miraba estático.

—Pero sentaos, conde, sentaos,—dijo Luisa Isabel;—vos sois un hombre de mundo, y comprendéis perfectamente esta situacion, de la que estoy segura no abusareis.

El conde se sentó.

—Un esclavo, señora, no puede abusar,—dijo el

conde, —no puede hacer otra cosa que agradecer.

—¡Ah! no me asustéis,—exclamó sonriendo la reina;—no me digais vulgaridades; si es que esta aventura os aturde, os lo perdono; un aturdido no sabe lo que se dice. Pero reponeros: esto no pasa de ser una visita excéntrica, que yo no me permitiría, si no estuviese segura del misterio, si no creyese en vuestro honor.

—Señora, cuando se siente no pueden decirse más que vulgaridades, porque el sentimiento es vulgar, tan vulgar, que está en todos los corazones; el amor no tiene más que una frase, y esa frase la pronuncia todo el que se enamora.

—No se la puede sustituir con otra, es verdad,—dijo la reina;—pero yo hubiera querido que callárais.

—¡Ah, señora! en quien ama todo habla para el sér amado; el silencio es inútil.

—Segun eso, conde, vos comprendéis que yo os amo.

—No me atrevo á esperarlo, señora,—dijo el conde.

—¡Oh! sí,—dijo la reina, lanzando un profundo suspiro y dejando caer hácia atrás la cabeza con una hechicera indolencia sobre el respaldo del sillón;—os amo con toda mi alma, con frenesí!

El conde se levantó.

La reina se incorporó, y dijo, abarcando al conde con una mirada profundamente tranquila y profundamente séria:

—Os amo, sí, no lo niego, no lo oculto; os amo cuanto se puede amar; pero me pertenezco, conde, y me perteneceré siempre; el amor no es un crimen, porque no se puede llamar crimen á un sentimiento que se apodera de nosotros, que no podemos rechazar, que cuanto más le combatimos más nos hace sus esclavos; pero existe en mí un sentimiento que el amor no ha podido ni aun debilitar, y este sentimiento es el de mi dignidad, el de vuestro respeto, el de vuestra admiracion, si es necesario; porque yo no incurriré nunca, nunca, creedme, en el repugnante, en el miserable crimen del adulterio: no; yo no puedo manchar la descendencia de mi marido, del rey; yo no puedo faltar á lo que he jurado; yo no puedo confundirme con esas viles mujeres que todo lo disculpan con el amor. Vos habreis creido de mí lo que hayais querido; pero debeis creer que la última persona ante la cual yo no querria aparecer despreciable, seria el hombre de mi amor. Permanezcamos, pues, á distancia, conde; tengamos el alma noble y grande; amémonos, como podemos amarnos, con un amor del alma; entre nosotros hay abismos que no podemos salvar: resignémonos pues; yo soy impresionable; ligera, si quereis, dando el paso que he dado; pero buena, conde, buena: entendedlo así; y para ahorrar una lucha enojosa, que acabaria por haceros repugnante á mis ojos, aceptadme tal como soy y tal como vos, si me amais, debeis desear que sea.

—¡Sin esperanza!—exclamó el conde.

—Si nos hubiéramos encontrado siendo yo li-

bre,—dijo la reina,—yo hubiera renunciado á mis derechos de hija de Francia, y me hubiera unido á vos, si vos hubiérais querido uniros á una nieta de Luis XIV, convertida en una simple dama.

—¡Oh! ¡quisiéralo Dios!—exclamó el conde un tanto desconcertado.

A través de la manera fácil, y si se quiere ligera, de Luisa Isabel, el conde veía en ella una gran firmeza de carácter.

Aspiraba una gran sinceridad en sus palabras.

La reina no mentía.

Soñaba.

El conde comprendió que no debía despertarla de aquel primer sueño de amor.

Que era necesario esperar á que despertase ella misma.

Tal vez la reina no amaba.

Tal vez lo que sentía no era otra cosa que un capricho de niña voluntariosa y mal educada.

La reina se presentaba como una gran dificultad ante el conde.

Esta dificultad le obstinó.

—Aceptemos, pues, el martirio,—dijo,—puesto que el martirio se me impone de una manera cruel.

La reina soltó una carcajada.

Pero el conde notó que aquella carcajada era falsa.

Que había servido para encubrir un suspiro.

Había algo de contracción en el semblante de la reina, que se esforzaba por aparecer ligera.

—¡Oh! ¡el martirio, el martirio!—exclamó:—no saldremos nunca de lo vulgar.

—No podemos salir mientras no salgamos del amor,—dijo el conde.

—¡Oh! ¡sí! el amor comprendido como todos le comprenden; el amor de la materia, el amor repugnante, un amor indigno de vos y de mí, dada la situación en que ambos nos encontramos.

—¿Y si esa situación cesase?

—¡Oh! no, no me habéis de eso, Pino Rey: que yo no ame al rey, no quiere decir que le desee la muerte.

—¡Oh! ¡Dios me libre de deseársela á un señor á quien tanto debo!—dijo el conde:—pero esto está previsto, señora; previsto muy de antemano: si no se os ha unido inmediatamente despues de los desposorios á su majestad, ha sido teniendo en cuenta lo delicado de su salud, estado que en vez de mejorarse se ha agravado en el espacio de dos años.

—¡Oh! ¡y qué giro tan triste, tan terrible, ha tomado nuestra conversacion!—dijo la reina.

—Vuestra majestad lo sabe, señora, y si vuestra majestad no lo supiera, yo no hubiera cometido la imperdonable indiscrecion de hacérselo conocer: el rey está tísico confirmado.

La reina suspiró.

—¡Pobre jóven!—exclamó,—¿por qué no le amaré yo?

Y se quedó profundamente pensativa y con la mirada distraida y fija en las alegorías del techo.

—Si un dia fuérais viuda...—dijo el conde.

—Sois muy poco galante,—dijo la reina sin dejar su posicion distraida,—no parece sino que habeis tomado por empeño entristecerme, ó que pretendéis que yo me arrepienta de mi ligereza al procurarme una conversacion con vos. Si me amais, no me deis lugar á que yo me desencante y deje de amaros. Dejémos de supuestos horribles, conde; ¿quién sabe, si tísico y débil, el desgraciado os sobrevivirá?

El conde se estremeció de una manera instintiva. Se le vino á la memoria el recuerdo de la tragedia de Villamediana.

—A propósito, conde,—dijo la reina:—¿qué habeis hecho de mi collar? ¿le llevais sobre vos como yo llevo el vuestro?

—¡Oh! perdonadme, señora; pero eso seria imprudente; un lance cualquiera, una desgracia, podia hacer se encontrase esa inapreciable prenda en mi poder.

—Sois demasiado prudente,—exclamó la reina contrariada,—ó no decís la verdad. ¿Teneis algun amor, conde? ¿Ha visto alguna dama á quien esto la interese que yo os di ayer mi collar en premio de vuestro valor?

—¡Ah, no, señora!—éxclamó con un grande aplomo el conde.—Juro á vuestra majestad que no hay dama alguna á quien pueda interesar la alta honra que me concedió ayer vuestra majestad.

—Y bien, conde; espero que mañana me presentareis ese collar.

Y la reina se levantó y se dirigió precipitadamente á la puerta.

El conde se levantó tambien y fué á seguirla.

—Deteneos,—dijo la reina, que estaba grave y severa,—yo no os permito que me sigais.

La reina pasó la puerta y desapareció por las escaleras.

—¡Ah!—exclamó el conde;—no sé á qué atenerme, no sé si la reina finge de una manera que me engaña, si todo esto no ha sido otra cosa que un lazo para recobrar ese collar que la compromete. Hoy le tendrá, sí, le tendrá; Aurora será razonable. Por lo demás, si la reina se muestra altiva conmigo, yo me mostraré doblemente altivo con ella; y luego mi Aurora... ¿por qué he de hacerla yo traicion cuando por ella me he dejado arrastrar hoy hasta el asesinato?

El conde se puso á pasear impaciente.

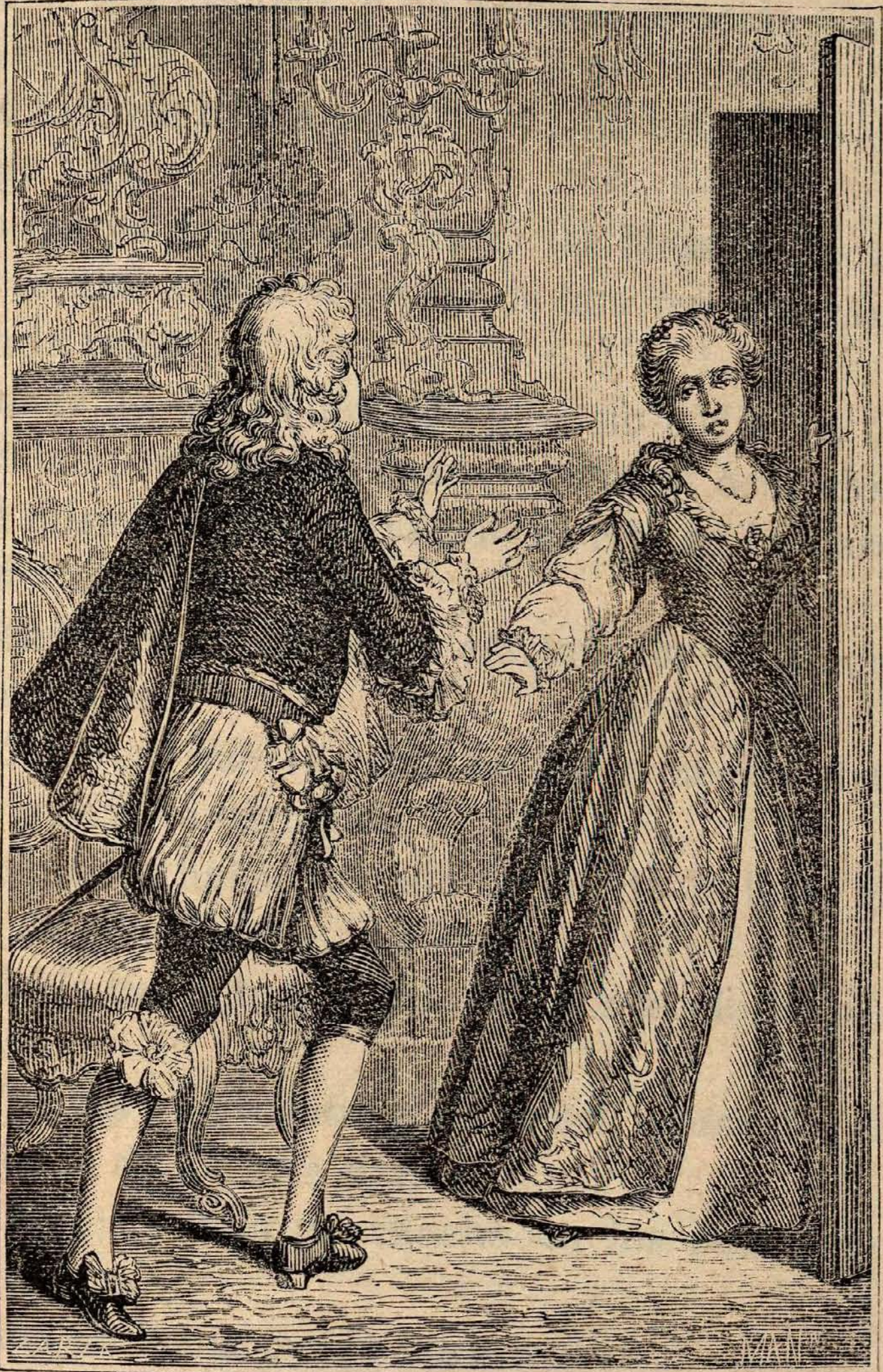
A medida que pasaba el tiempo, iba en él recordando su imperio el amor de Aurora.

La conducta de la reina le habia irritado fuertemente.

El cambio brusco de la reina en cuanto el conde la habia dicho que no tenia sobre sí su collar, le habia hecho creer, como hemos visto, que la reina se valia de un pretexto.

Y bien, la reina debia enviar á Cascajares para que le sacase de allí.

No debia sentenciarle á pasar toda una noche esperando en aquel aposento.



MOTIN DE ESQUILACHE. — Deteneos, yo no os permito que me sigais.

Habia pasado tiempo bastante para que Cascajares hubiese sobrevenido, y no habia aparecido Cascajares.

Pasó todavía media hora.

Luego una.

Esto era ya grave, esto varió las ideas del conde, esto le hizo volver á pensar de una manera candente en la reina.

El conde no sabia que Cascajares no podia ir, ni su mujer tampoco; que entrambos estaban ocupados en aquel mismo punto, sirviendo al rey en la Casa Blanca del monte del Pardo.

El conde, como todos los afortunados en amor, era presuntuoso.

Llegó á creer que la reina no habia hecho otra cosa que cubrir su dignidad.

Que no debia haber tomado al pié de la letra el mandato de que él no la siguiese.

Que debia haber bajado tras ella las escaleras poco despues.

Que tal vez representaba en aquel momento el papel ridiculo de amante tímido.

La fatalidad entra por mucho en los acontecimientos humanos.

La reina no habia tenido tal intencion.

Habia luchado con su amor de una manera poderosa, y habia procurado contener al conde en los limites de un amor del espiritu.

Cuando habia visto que el conde no llevaba sobre sí su collar, se habia irritado y habia sentido celos.

El amor no se engaña nunca.

El amor adivina.

La reina tenia la seguridad, ó creia tenerla, de que el conde habia hecho presente de su collar á la dama de su amor.

Cuando habia mandado al conde que no la siguiese, habia sido con toda la fuerza de su voluntad irritada, y resuelta á no volver á ver al conde.

El collar le haria recoger por medio de la viuda de Navas Muertas.

La reina no se acordó de hacer avisar á Cascajares.

La reina no sabia tampoco que Cascajares no podia ser avisado.

El conde de Pino Rey se engañó.

Creyó que el no aparecer nadie para sacarle de allí era una manifestacion demasiado elocuente.

Tomó, pues, una bujía, salió del aposento y bajó por la escalera, examinandó cuidadosamente su muro.

Al llegar á los treinta peldaños, aunque disimulada, encontró una puerta.

Aquella puerta estaba cerrada.

No importaba esto.

Era sin duda una puerta secreta.

El conde reconoció aún aquella puerta y encontró en ella, á la altura de su pecho, un pequeño agujero.

El conde desnudó su espada, que era de córte, uno de aquellos estrechos espadines á la moda de

Luis XIV, introdujo la punta en aquel agujero, y oprimió un resorte.

La puerta giró.

El conde pasó y lanzó una exclamación de alegría.

Lo que había girado era un espejo, un gigantesco espejo.

Frente á aquel espejo había un magnífico lecho.

Una lámpara preciosa, cubierta por una pantalla de seda, ardía sobre el velador é iluminaba el dormitorio de una manera blanda, pero bastante para que pudiesen distinguirse perfectamente los objetos.

Nadie había en aquella estancia.

Junto al lecho, que tenía corridas las cortinas, sobre un sillón había algunas ropas de mujer.

Sobre el velador, al lado de la lámpara, se veía un collar de brillantes, el mismo que el conde había regalado á la reina, unos pendientes y algunas sortijas.

El conde puso sobre el velador la bujía.

Luego fué á las dos puertas laterales del dormitorio.

Estaban cerradas.

Escuchó junto á cada una de ellas.

Nada se oía.

Luego, sin causar el menor ruido á causa de lo grueso de la alfombra, se acercó al lecho y abrió las colgaduras.

La reina estaba en el lecho.

Parecía dominada por un sueño agitado, por una

especie de delirio, y en su hermosa boca aparecía una contracción de dolor.

El conde se sintió amado, y amado con locura.

¡Oh! sí; la fatalidad, la casualidad, un misterio que no podemos comprender, entra por mucho en los acontecimientos humanos y decide con frecuencia situaciones gravísimas.